

FINISTERRE

Revista de Galicia



3
PESETAS

PUBLICITAS

¡MEDIAS DE CRISTAL
O CASA!
VISNÚ PEÑASOL
EN TONOS:
BRONCE • ORIENTAL
TOSTADO

AYER... *hoy...*
Y SIEMPRE
CON PRODUCTOS

VISNÚ

BELLEZA
JUVENTUD Y
PERSONALIDAD



PRODUCTOS
DE BELLEZA
VISNÚ
MARCA REGISTRADA
AGUA DE TOCADOR
LÁPICES DE LABIOS
RECAMBIOS
ESMALTE DE UÑAS
BRILLANTINAS
LÁPICES PARA LOS OJOS
BRONCEADOR PEÑASOL
TODOS ESTOS PRODUCTOS
EN VARIAS TONALIDADES

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

VISNU NO SE VENDE A GRANEL

EXIGID LA MARCA REGISTRADA

Explotaciones Mineras

de Arsénico S. L.

MINAS Y FÁBRICAS: Castro de Rey-Lugo
Carballo - La Coruña

DELEGACION: Plaza M.º Pita, 21 Entresuelo
Teléfono 1604 La Coruña

OFICINA CENTRAL: Plaza de Santo Domingo, 5-1.º
Teléfono 405 LUGO

El producto que se obtiene de la explotación es anhídrido arsenioso comercial,
(arsénico Blanco en Polvo A. S. 2.-03).

MANTEQUILLA . SIDRA CHAMPAGNE

LA PRAVIANA

CORIAS DE PRAVIA (ASTURIAS)

M A D E R A S
ARMADOR DE BUQUES

TELEFONOS: OFICINAS N.º 1
FABRICA N.º 2

CONSERVAS
DE
P E S C A D O S

Damián López Ferrería

FOZ-LUGO

FINISTERRE

Revista de Galicia

MENSUAL
ILUSTRADA

Director-fundador: EMILIO CANDA

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Cruz, 1.-Apartado, 546.- Teléfono 24521

MADRID

DELEGACIONES EN TODAS LAS PROVINCIAS
DE GALICIA Y ASTURIAS

AÑO III

GALICIA-1945

NÚM. 23

Sumario

PORTADA: ALDEA CORUÑESA por el
Marqués de Santa María del Villar.
HISTORIAS, LEYENDAS Y REALIDADES
PRESENTES DE LA MAR ASTURIANA,
por J. Casariego.

ASPECTOS GRAFICOS DE AVILES.
DE LA VIDA UNIVERSITARIA COM-
POSTELANA, por F. Esmoris Recaman.
INTELIGENCIA Y VOLUNTAD AL SÉR-
VICIO DEL ARTE DEL ESPECTACULO.
EN TORNO A D. ARMANDO, por
José León Delestal.

VESOS INEDITOS DE JUAN B. AN-
DRADE

EL ACTOR ASTURIANO JOSE MA-
NUEL RODRIGUEZ.

NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD.
LOS RESTOS MORTALES DE PALA-
CIO VALDES RECIBEN SEPULTURA
EN AVILES, por Jaime Caldevila.

DEL MIÑO A LA TOJA, por Diego
Quiroga y Losada.

LOS NUEVOS VALORES LITERARIOS
DE ASTURIAS.

LA LIEBRE DE LAS ANIMAS Y AVILES
BAJO LA LUNA, por José María
Malgor.

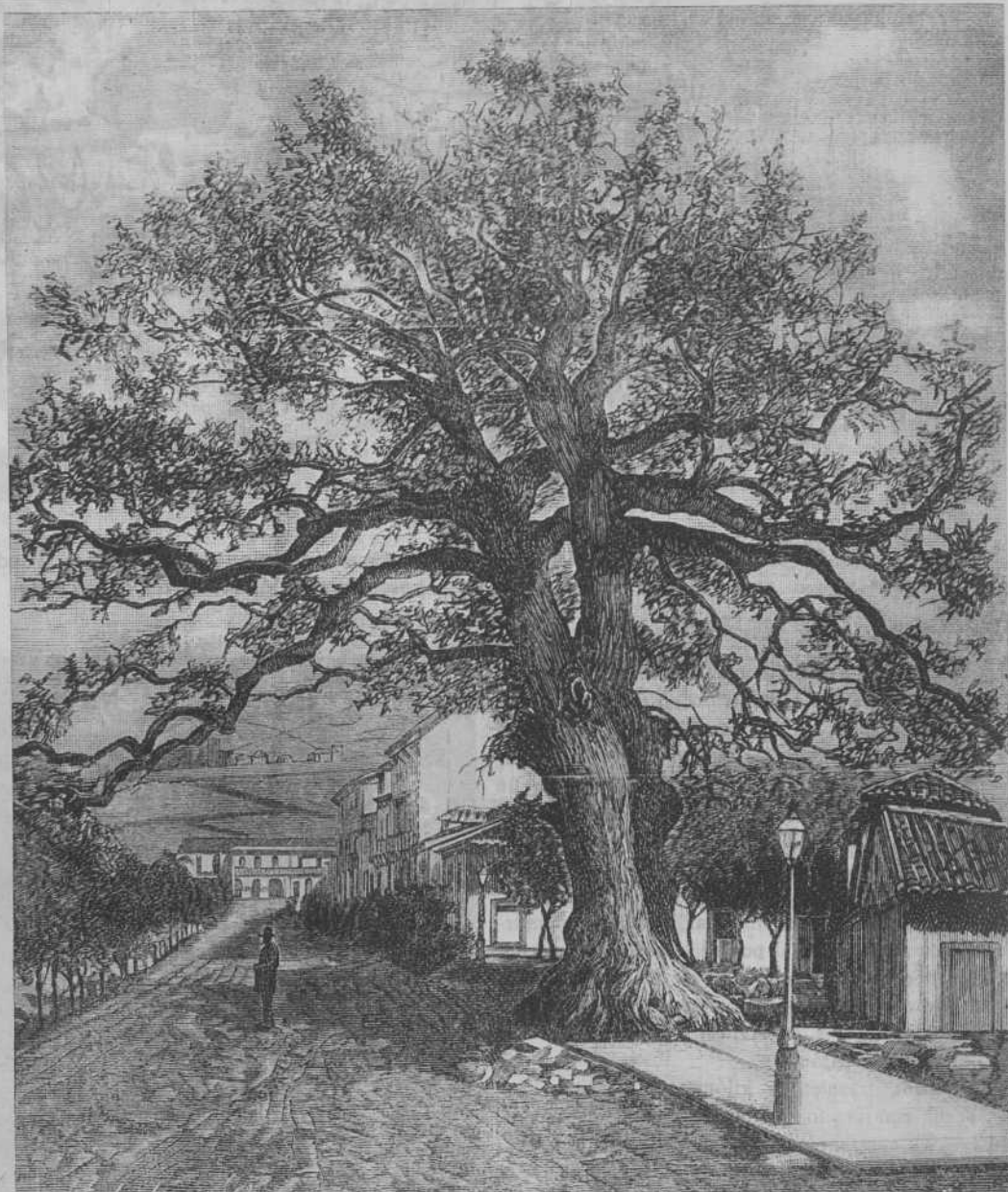
HAY ORO EN PUENTEAREAS, por
Herminio Teijeiro.

EL CULTO DE LAS PIEDRAS Y LAS
ROCAS OSCILANTES, por F. Mayán
Fernandez.

ENTREVISTA CON LA VIUDA DE PA-
LACIO VALDES, por C.

EXPOSICION DE IMELDO CORRAL,
por Manuel Bejarano.

NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD.



El antiguo CARBAYON, típico árbol que da el nombre de «carbayenses» a los ovetenses
(Dibujo del natural de T. Cuevas).

Con motivo del traslado de los restos mortales del insigne nove-
lista asturiano D. Armando Palacio Valdés, del cementerio de la
Almudena de Madrid al de la Carriona de Avilés, dedicamos
parte del presente número a la región de Asturias. No creemos
con esto, separarnos del camino que nos hemos trazado desde el
primer número de nuestra Revista: Asturias y Galicia son regio-
nes hermanas por numerosas afinidades espirituales y materia-
les, antes, al contrario, consideramos que, al incorporar Asturias
a FINISTERRE, no solo ampliamos sino completamos nues-
tra obra y nuestros propósitos



Dársena interior de Luarca uno de los mas típicos puertos asturianos. Puede el lector apreciar las lanchas pescadoras y los secaderos de las redes

La costa asturiana cae, bruscamente, sobre la mar verde del septentrión en forma de acantilados ásperos, tallados verticalmente sobre las aguas burbujeantes. De trecho en trecho, emergen peñas picudas y cortantes envueltas en un cendal de espumas blancas y rizadas. Las playas son pequeñas, de difícil acceso desde tierra y sobre sus arenas chocan los cantos rodados con un ronco rumor isócrono, que, unido al incesante batir de las olas, produce un murmullo salvaje, que al poblar la soledad de acentos broncos, impresionan el ánimo. Hay, no obstante, algunos amplios arenales con dunas, como las salinas de Avilés y el arenal de San Lorenzo de Gijón.

En los trescientos kilómetros de litoral se abren, rompiendo los acantilados, unas cuantas rías amplias, de bellísimo paisaje en Castropol, Navia, San Esteban y la Arena, Avilés, Villaviciosa, Ribadesella, Tina mayor. En otros lugares el acantilado se corta en forma de coñchas o pequeñas bahías, abiertas a la alta mar, donde la mano del hombre suplió las inclemencias de la Naturaleza con dársenas que sirven de puerto para la vida intensa y arriesgada de los marineros de pesca y cabotaje. Tales Tapia de Casariego, Puerto de Vega, Luarca, Cudillero, Bafugues, Luanco, Candás, Gijón, Tazones, Lastres, Llanes, pueblos todos de ilustre y antiquísimo abolengo mariner, que dieron sus mejores esfuerzos a través de muchas generaciones, en cientos y cientos de años, a las empresas náuticas de España:

En la costa roquera dibujan un remanso las dársenas dormidas, con sus hombres membrudos y sus lanchas tumbadas, que cantan al descanso y alzan un laberinto de mástiles desnudos (1).

Los antiguos balleneros asturianos
Asturias es una de las regiones españolas de

Historias, leyendas y realidades presentes de la mar asturiana

De los balleneros de la Edad Media a la actual Industria pesquera y de los navíos y bergantines a los trasatlánticos y carboneros

Por **J. E. CASARIEGO**

(Especial para FINISTERRE).

tradición marinera más gloriosa y fecunda. Ya los primitivos asturianos — lo cuenta Estrabón (2)—, cuando la hegemonía celta se arriesgaban a navegar audazmente en botes de cuero. En los años remotos del alto medievo iban sus hombres a perseguir la ballena en lejanas expediciones, que llegaban hasta los mares helados. O bordo de débiles pinazas, con velas al tercio, y chalupas balleneras, de agalgadas amuras, perseguían infatigablemente los monstruosos cetáceos.

*Voy a pescar ballenas
por anchos mares.
¡Ay, si olvido apenas
sus costillares...! (3).*

*"...Las barcas aventureras,
cuando, llenos de arroyo los marineros,
iban al mar del Norte, las balleneras" (4).*

En Luarca, en Candás, en Luanco, en Gijón, en Llanes, en otros puertos asturianos, existen curiosos documentos que se refieren a la pesca de la ballena. Los capitanes balleneros arrendaban a los mayorazgos del litoral, puertos y atalayas que servían de bases para sus expediciones. El folklore y los vestigios de tan arriesgado oficio son ricos y copiosos. En Luarca se veían hasta hace poco restos de unos hornos que sirvieron para fundir la grasa de los cetáceos. Algunos gremios de mareantes y navegantes pagaban, todavía a mediados del siglo XVII, diezmos al Cabildo de Oviedo sobre los productos de la pesca de la ballena. Del año 1279 hay una curiosa escritura, por la cual

(1) Joaquín A. Bonet.—Tierra de la niebla.—En "La Poesía Lirica asturiana", Gijón, 1963.

(2) Estrabón: *Geografía* (Edición de Kramer, Berlín, 1844-52).

(3) Canción popular marinera asturiana.

(4) José Jackson Beyer.—"Al Cristo de Candás".

el Obispo ovetense traspasa al Rey Alfonso X el Sabio, a cambio de unas iglesias de realengo, los diezmos de la "Casa de las Balleñas", de Luarca, que, a juzgar por esto, debían de ser económicamente muy importantes.

Para la empresa de la pesca constituían los marineros sociedades que se llamaban "La Compañía", y con los asturianos iban también, proa al Norte brumoso, marineros gallegos, cántabros y vascos. A veces la expedición era toda una campaña de seis meses y más. En documentos de la época, puede verse lo sobrio de los mantenimientos que llevaban para tan largos periplos. A fines del siglo XV consta en escritura dotal, que una moza de Candás aportó al matrimonio un barco ballenero con todos sus aparejos. En el siglo XIV los balleneros luarqueses construían sus embarcaciones en un ribazo próximo al pueblo, que se llamaba y sigue llamando actualmente la llera, y resolvían sus asuntos gremiales en una plazoleta del barrio marineramente denominada la mesa.

Los vascos y los asturianos fueron, en la Edad Media, los más expertos y audaces balleneros de Europa, maestros en el oficio, que impusieron su técnica a ingleses, germanos y escandinavos. Dice el historiador Santiago Arbó, refiriéndose a estos pueblos extranjero: "Os desafío a que expliquéis con ventaja para otro pueblo la aceptación general de todas las palabras españolas dadas a los diversos instrumentos de los pescadores. Así es que, en una lista inglesa de 1589, conservada en la colección de Harchuit, los mangos de los arpones se llamaban estacas, los cuchillos, machetes, y los sedales, lanza y arpón, va-y-ven y arponera" (5).

Los hombres astures de la mar pasearon entonces toda la viril arrogancia de la raza por los puertos lejanos del Norte de Europa. Pobres, mal vestidos, en barcos pequeños que difícilmente podían afrontar las terribles tempestades boreales, llegaban a Irlanda, a Inglaterra, a Bretaña, a Noruega, a Islandia. Arponeros atléticos, capaces de atravesar a cincuenta brazas de distancia, con su afilado arpón—venablo de los mares—los pulmones de la inmensa ballena. Remeros curtidos, con los músculos de roca, infatigables al peso de un remo de quince pies. Patronos y capitanes que leían en los cielos, cuajados de estrellas, los rumbos desiertos y alborotados de las aguas:

Hombres del Norte abrupto, fornidos pescadores, hijos de las cantábricas playas peninsulares, que tienen en sus pardas pupilas, avizores, dormidas las quiméricas leyendas de los mares (6).

Marinos asturianos en los caminos del Imperio

Más tarde, desde la iniciación de la moderna edad, la ruta de las Indias abrió nuevos caminos para las aventuras marineras. Los puertos de Asturias dieron entonces innumerables naves y tripulantes para las grandes empresas universales del Imperio. De los astilleros del fidelísimo Principado salieron no pocos galeones para las escuadras de Carlos V y de Felipe II. La contribución de la artesanía ribereña a la llamada invencible fué verdaderamente cuantiosa. Por su parte, los más altos linajes de las Asturias dieron claras estirpes de navegantes insignes. Ya antes, en el regimiento de las Armadas de Castilla, habían brillado esclarecidos nombres astures, como el de aquel arrojado Rui Pérez de Avilés, de noble solar, que al mando de la vanguardia de la flota de Fernando el Santo remontó, el primero, el estuario del Guadalquivir, y rompió las cadenas

que, a la altura de la Torre del Oro, cerraban el acceso a la ciudad por el río. La hazaña extraordinaria se perpetuó en la piedra noble del escudo de Avilés.

Después, entre la pléyade de navegantes próceres de nuestro ciclo imperial, sale de Asturias uno de los mejores marinos de todos los tiempos, Pero Menéndez de Avilés, almirante de las flotas del Señor Rey Don Felipe II, varón enérgico, íntegro y duro, develador constante de herejes y enemigos del Imperio, vencedor en todos los mares, de piratas ingleses y franceses, Adelantado y capitán general de la Florida. Uno de sus continuadores, don Gonzalo Méndez Cancio de Casariego, exploró las costas y las selvas de Norteamérica y trajo a las Asturias la dorada y pródiga semilla del maíz con unas curiosas instrucciones para su cultivo.

Luego, a lo largo del siglo XVIII, cuando las grandes escuadras de navíos de tres puentes, de los Borbones, pelean para reconquistar la hegemonía española del mundo, las casonas asturianas siguen dando estirpe de oficiales y jefes esforzados y sabios que combaten en Sicilia, en América, en San Vicente, en Tolón, en Trafalgar, y que, bajo el signo de los nuevos tiempos, componían con arabesca letra española tratados de Geodesia, de Astronomía, de Trigonometría. Y en la última gran acción desgraciada de nuestras empresas exteriores, en la ruta triste y gloriosa de Santiago de Cuba, es un genial marino asturiano, don Fernando de Villamil—inventor del contratorpedero—, quien escribe la más alta página de honor y sacrificio, hundiéndose con su débil buque al cerrar, a la desesperada, contra los poderosos acorazados de la Unión Norteamericana.

Otra vez la gran empresa de la pesca

La pesca de la ballena acaba por desaparecer de nuestras costas en la segunda mitad del siglo XVII. La constante y eficaz persecución aleja de nuestros mares a los productivos cetáceos, que buscan refugio en las regiones septentrionales. Ingleses, germanos y escandinavos nos llevan entonces la ventaja en su más avanzada situación geográfica. Además, en aquellos países, el Estado alienta y protege a

los armadores y pescadores con primas y facilidades que aquí, en España, no encuentran los asturianos y los vascos, entregados sólo a su iniciativa privada. Y por todas esas causas, la pesca de la ballena pasa a ser un recuerdo histórico, pero con aire legendario, del pasado.

Mas las costas asturianas son pródigas en peces: la merluza, el bonito, el besugo, el congrio, el salmón, la sardina, los mariscos.

*Acá hay salmón como cucha
en Ribadesella y Pravia,
que sangra de puro fresco
pe la boca y pe la galla.
Hay pescades como borra,
zardón a taca retaca,
congríos a trompa tolega,
besugos a farta farta,
meros a tinte boneta,
aguyes a bati-burra,
morenes a zurriburri,
sardina a vela y dexada
les muelgues a balagares,
cavón y xardes sin tasa,
les rayes a goxa llena,
bárbos a pala cargada,
y otu sin fin de pescadu
que nón sé cómo se llama* (7).

A buscar toda esa riqueza salen a diario nuestros pescadores. Ocurre esto en el siglo XVIII y en el XIX. Tripulan botes de tres y cuatro bancadas para la pesca con palangre o al abaque, cerca de la costa; traineras, largas y afiladas como las balleneras de antaño, para pescar la sardina con el arte del boliche; lanchas boniteras, panzudas y pesadas con velas al tercio para el bonito, el besugo y la merluza, mar adentro. Es la época dura y difícil del oficio. Vela y remo son los únicos motores que mueven las embarcaciones, y los pobres marineramente se extenuan bogando horas y horas bajo la luna en demanda de las playas (8) de la pesca, que es para ellos el pan nuestro de cada día.

*Veinticinco remos lleva
la lancha de mto amor.
Veinticinco remos lleva
y otros tantos remadores* (9).

Muchas veces estalla la galerna, que sorprende en la mar a las lanchas pescadoras. El aspecto de la naturaleza es entonces pavoroso. Se encapota el cielo con grandes nubes plomizas, preñadas de siniestras intenciones, silba el viento del NO. y las olas se hinchán hasta asemejarse montañas de agua. Las lanchas,



Bergantín goleta capeando un temporal en la costa asturiana, óleo de S. Abril que recoge con impresionante realismo la tempestad marina

Esas luchas tremendas y angustiosas de los pescadores contra los elementos, solían ser trágicas. La mar es pródiga y generosa. Da a los marineros sus tesoros vivos de peces plateados y áureos, pero, en cambio, les exige a veces, de inexorable manera, un cruento tributo de vidas humanas. Galernas y temporales diezmaban periódicamente nuestro censo costero. En 1828, durante un temporal, perecieron en Luarca 53 pescadores. En Cudillero llegaron, en un solo año, a contarse 82 víctimas. Pero los pescadores asturianos seguían saliendo a diario, cara al peligro y a la muerte, y el folklore está lleno de alusiones a sus riesgos, a sus esperanzas, al dolor de las madres y las novias que se quedaban rezando en los humildes pueblecitos del litoral.

Al marinero en la mar,
nunca le falta una pena,
cuando le rompe el timón,
cuando le rompe la ve'a (19)

Ese constante arriesgar la vida, hacía de los pescadores hombres de fe recia y sincera. A lo largo de la costa, junto a las dársenas escondidas entre pinares y rocas, se alzan los santuarios marineros donde Cristos, Vírgenes y Santos vienen recibiendo, a través de los siglos, las devociones de las gentes del mar. Casi todos ellos recuerdan leyendas ingenuas y bellas de milagrosas intercesiones y de imágenes aparecidas entre las olas. Así el de la Virgen de la Guía, en Llanes; el de la Virgen de la Blanca, en Luearca, y, sobre todo, el del Santísimo Cristo de Candás.

El Cristo de Candás es famoso en toda Asturias y aun fuera de ella. En su capilla, como en la de los otros santuarios, hay un jubileo de reliquias, de ex votos, de modelos en miniatura, de barcos y lanchas, de cuadros en miniaturas, de leyendas que hablan de naufragio y peripecias marítimas. Los pescadores acuden a Candás y a los demás santuarios del litoral en promesa emocionada y fervorosa cuando han tenido la vida en peligro.

*Refrena, Cristo mío las ondas bravas,
disipa con tu mano la densa bruma,
¡que no flote mi cuerpo cual tu flotabas
con los brazos abiertos sobre la espuma! (11).*

Pero si al abandonar la persecución de la ballena los astures se dedicaron a la pesca costera, no por eso dejaron de lado las grandes empresas de la navegación de altura.

comerciar con las Indias y, sobre todo, desde la libertad de tráfico del siglo XIX, los asturianos armaron veleros para la carrera de América, de Oceanía, del Norte. Es la época literaria de la navegación individual y romántica en las urcas, los bergantines y las fragatas, que suceden a las grandes flotas, regularmente organizadas por el Estado. Todos nuestros puertos, hasta los más humildes, contaron entonces en su matrícula veleros transatlánticos de fino casco y alta arboladura. Llanes, Ribadesella, Gijón, Avilés, Lluvia, veían salir de sus dársenas a los airoso capitane de patillas y sotabarba que iban a La Habana, a Buenos Aires, a California, a Norteamérica, a Manila, a China, a Escandinavia, a las guerras de Cuba, al bombardeo del Callao. Todas las familias de los puertos contaban con un pariente embarcado en la hermosa aventura romántica, que después de largos viajes tornaban con loros y monos, caobas y careyes, grabados chinoscos y mantones de Manila, que oían al sándalo de las remotas tierras.

El delicado pañuelo de batista—prolongación de una mano suave—daba el adiós de despedida sobre el malecón de la escollera, cuando los gavieros desaferraban las velas, y el esposo, el padre, el novio o el hermano compartían su atención entre el dolor de la separación y la responsabilidad de la maniobra. Entonces sí que tenía dura realidad la copla tan sentida, que aún cantan las niñas en mis playas:

La blanca gaviota de lonas y palos tendía sus alas de hilo hacia... ¿Filipinas por la interminable ruta de El Cabo? ¿Las Américas remotas de la Mar del Sur por el peligro de Magallanes o de Hornos? ¿La tierra caliente de Méjico? ¿O la Cuba españolísima, donde a la navegación se añadían los peligros de la guerra y a los de la guerra los del vómito, y a todos ellos el de aquellas criollas sensuales, ardientes y atractivas que enamoraban con sus labios de guinda fresca—volanta, abanico y negra celestina—la fría rigidez de nuestros marinos? Entonces les acompañaba, enardeciendo la carne y el alma, el recuerdo sensual y gozoso, en contraste con la austeridad de la otra orilla solariega:

· Cuando vengo de La Habana
con el rumbo a Tenerife.
quisiera que en un esquife
me siguiera una cubana (13).

¡Qué monótonas y qué solemnes debían ser las noches de los navegantes en las amplias fragatas y en los afilados bergantines, cuando el viento pulsaba, con dedos invisibles, los altos cordajes de las arboladuras, y la marina-
ría, reclinada sobre la batayola de la obra muer-
ta, cantaba las canciones vernáculas de la Pa-
tria amada y distante:

Hasta bien entrado el ochocientos las gentes de mar llenaban su imaginación con monstruos y fantasías que poblaban de temores y lúgubres presagios las singladuras inquietas y las inmóviles esperas en la costa.

Tres eran los grandes mitos de los navegantes. La rémora, la fabulosa bestia submarina que se adhería a los fondos e inmovilizaba las naves días y días sobre las abrasadoras superficies del trópico, donde el agua hervía y el escorpión de la peste clavaba sus dientes mortales. El monstruo devorador de buques, que para unos se asemejaba a una especie de entre dragón y ballena colosal que trituraba con sus fuertes fauces, de un solo bocado, al navío más poderoso, aplastándolo como una nuez desde los topes a la quilla, y para otros, un pulpo gigantesco, cuyos tentáculos, gruesos como los troncos de las encinas centenarias, prendían el casco y lo arrastraban a los pavorosos fondos abismales. Y, por último, el temido buque fantasma, negro, agoreno, nuncio de todos los males imaginables para los desdichados marinos que lo divisaban en lontananza. Esta leyenda fantasmal variaba según las nacionalidades. Para los españoles—y los asturianos entre ellos—era el alma en pena de un capitán pirata, asesino, violador, borracho y blasfemo, muerto en pecado mortal y condenado a navegar, encadenado a la caña del timón, por los siglos de los siglos, en las noches pálidas, centelleantes y calinas del mar Caribe y del Atlántico austral. Para los holandeses era un capitán perjuro que estaba condenado a no poder remontar el cabo de Buena Esperanza, y salía, de cuando en cuando, al paso de las flotas opulentas que venían de Batavia.

Los marineros de Levante creían que el fuego de San Telmo o fuego de las gavias (fosforescencia que se produce en los topes de los buques), era buena señal de que Dios se mostraba para acompañarles en su ruta. En cambio, los marinos astures preferían no ver los azulados fuegucillos, a los que creían ánimas en pena que se aparecían para demandar sufragios redentores, o como señal de una próxima muerte, tal como ocurría tierra adentro con la Santa Compañía, que tanto atemorizaba a los aldeanos de mi tierra. El viejo mito helénico de las sirenas era universal, y yo mismo, de niño, tengo oído, tiritando de curiosidad y de miedo, a un viejo marinero que me aseguraba que, de mozo, cuando él hacía la carrera a Cuba, en una corbeta, había visto sirenas durante una calma chicha en el golfo de las Damas. También existía la creencia en el "espumeru" u "home marin", que era un duendecillo inquieto y metome-en-todo que cabalgaba sobre la cresta rizada y espumosa de las olas y luego buscaba refugio en las cuevas de las playas.

- 27



A V I L E S

Fachada de la Iglesia de San Nicolás (siglo XIII)



Casa Ponte, donde situó Palacio Valdés los personajes de «Marta y María».



Los porches de Galicia, inmortalizados en las obras de Palacio Valdés.

Al caballero Santiago
Amoral, insigne gallego,
fervoroso admirador del
Dr. Varela de Montes.



DE LA VIDA UNIVERSITARIA COMPOSTELANA

Fachada principal de la Universidad compostelana. (Foto Almeida)

HOMENAJES Y OLVIDOS ANVERSO

Homenaje a Vesalio

En el mes de octubre del año 1943 se celebró en la Facultad de Medicina de Santiago un congreso luso-hispano-americano de Anatomía.

Se consagró a Vesalio, que, si como médico fué la "figura más eminente de la Medicina europea, después de Galeno y antes de Harvey" (Garrison), como hombre, el haber sostenido honradamente la verdad arrancada por él del estudio de la naturaleza en largas y penosas tareas, le sirvió para tormento de su alma, que hubo de templar más y más ante el huracán de la incompreensión y de la envidia, una y otra puestas de manifiesto bien en acerbos críticas de autor conocido, en las capciosas especies que enrarecen el ambiente o en las sutiles artes de los "buenos amigos".

Terrible designio el de la verdad, que, en todos los tiempos horroriza a los que se han de beneficiar de ella y que al ser manejada con la honradez del que la descubre y proclama, le causa, unas veces, la muerte violenta y otras el dolor prolongado, que es peor.

Vesalio tiene para la chusma científica su gesto: quema sus escritos y se hace médico cortésano.

Fuerte en su ánimo, vibrante en su tesón, no se rinde más que ante el deber, y éste, golpeado rudamente en su conciencia, imperativamente le ordena: ¡Vuelve al camino de la luz!

"Y sin amigos, Vesalio, con la espalda cony todo el mundo contra él", [tra el muro abandona los reales palacios, recobra su libertad y marcha a Jerusalén, no segura-

mente para hacer penitencia por una vivisección humana practicada accidentalmente, como alguien quiere indicar, sino como un medio de confortar su espíritu para la nueva lucha, que no llegó a emprender, porque al retornar de su peregrinación al sepulcro del Divino Luchador, Este lo redimió de las miserias terrenales llevándolo a la mansión de la Verdad eterna, donde todo es luz.

Excelsa y gloriosa vida la de Vesalio, digna de admiración y ejemplo de los demás mortales, y a la que, en justicia, rindió homenaje la Universidad compostelana con la delicada ofrenda que sus sabios maestros y los de Portugal, nuestro pueblo hermano, le han dedicado, no quedando ausente del enaltecedor acto la ofrenda del arte plasmado en sendos mármoles.

Celo plausible el del animador de este homenaje, el doctor Echevarri, que unirá su nombre prestigioso al de los ilustres maestros anatómicos de la Escuela de Medicina de Santiago.

REVERSO

Olvido e ingratitud a Varela de Montes

Esperábamos la llegada del maestro dando vueltas y más vueltas por el claustro bajo de Fonseca. Retocábamos, con nuestro predilecto camarada, la lección del día, unas veces; sosteníamos, otras, animada charla; vagaba nuestro espíritu ante las plácidas emociones del arte o dejábamos nuestros sentidos embriagarse con los suaves perfumes y bellos coloridos de las flores que lo adornan. De entre éstas surge tímidamente en el centro del claustro una enigmática repisa. Parece una esperanza en germen o una ilusión que se desvanece... Así un curso y otro me atormentaba el significado de aquellas piedras.

Pero, al fin, un día se corre el velo del misterio. La repisa es toda la potencia del entusiasmo que la Universidad Compostelana fué capaz de poner al pretender erigir

un monumento a uno de sus maestros más ilustres, de fama mundial, el doctor José Varela de Montes. Homenaje que, siendo de justicia al sabio, era corona de laurel para las propias sienes de Minerva.

No es ciertamente rasgo de erudición el que un gallego tenga noticia de lo que fué Varela de Montes, pero fuera también poco sensato creer que todos están obligados a conocerle, máxime cuando los llamados a enaltecerle —la Universidad gallega y su propio pueblo natal— son precisamente los que le tienen en olvido.

Don José Varela de Montes nació en Santiago en 1796. Se hizo médico y ejerció su profesión, como titular, en Corcubión. Allí se casó con distinguida dama de la localidad, y, por razones que ignora, tuvo que abandonar la villa que fué feudo de los Altamiras, para confinarse en Sobrado de los Monjes, de cuyo Real Monasterio fué médico hasta 1827, en que ganó, por oposición, la cátedra de Fisiología de la Facultad de Medicina de Santiago, y, poco después, era médico de su Real Hospital.

Aun cuando digo que ignora las razones por las que prescindió el Ayuntamiento corcubionés de los servicios de médico tan preeminente, es fácil comprender que no sería por motivos que honraran a la corporación municipal. Casado Varela de Montes en Corcubión, en un ambiente familiar grato y cómodo, no lo abandonaría ciertamente por propia voluntad para desplazarse a sitio de tan pocos alicientes como Sobrado de los Monjes, ni la frase que por el mundo circula, sin paternidad de los más conocida, y que de Varela de Montes es "el peor partido de un médico es ser médico de un parvula agradables recuerdos de su ejercicio profesional al pertenecer a la tan noble como esclavizada clase médica rural, irredenta por incomprendida.

Varela de Montes, publicista notable, traspasó con sus escritos las fronteras de

la Patria, y los doctores Fernández Sánchez y Freire Barreiro, en su viaje "Santiago, Jerusalén, Roma" (página 668, T. I), al tener en sus andanzas como compañero accidental al doctor Sahadún, nos relatan: "Con el doctor italiano, que nos ponderó la satisfacción que le causaba el viajar con dos colegas en la noble profesión de la Medicina, supimos con orgullo la fama que goza en Egipto la Escuela Compostelana. El nombre de don José Varela de Montes (q. e. p. d.), decano y catedrático que fué de la Universidad de Santiago, es muy conocido en aquel país, y el caballero Sahadún nos dijo que ninguno de sus libros tenía en tanta estima, ni en ninguno otro había aprendido tanto como en el tratado de "Antropología de nuestro compatriota".

Varela de Montes llegó a la categoría de semidiós con que aureola el pueblo al médico bondadoso por sabio, ya que en él la ciencia y el amor al prójimo se patentizaban en sus numerosos trabajos, aquella, y éste, en su labor hospitalaria y en la asistencia a los enfermos en las epidemias de cólera "prodigando su actividad y talento".

El doctor Pondal me contaba, con la unción propia de las almas buenas, ante el recuerdo de su maestro, que al asomar Varela de Montes a la plaza del Hospital, los alumnos de su sala se dirigían en tropel a esperarle a la puerta de este benéfico establecimiento, como prueba de respeto y cariño.

El doctor Varela de Montes se adueñaba íntegramente de la voluntad de sus discípulos, y sus lecciones clínicas les dejaban imborrable recuerdo.

"La cardiopatía que padece este enfermo se encuentra en la fase de hiposistolia, y nuestros recuerdos terapéuticos agotados. Su ... (la enfermedad que tenía) está caracterizada, desde el punto de vista anatómopatológico, por las lesiones ..., como nos demostrará mañana la autopsia."

Al siguiente día, maestros y discípulos de la Escuela Médica Compostelana, se reunían en el anfiteatro, unos, los más, y entre ellos el Sr. Pondal, que me hizo esta referencia, con su alma en pena ante el temor que el maestro "planchara"; otros, que de todo hay en este pícaro mundo, deseando que el temor de los generosos se convirtiera en realidad para saciarse así de la bafía de la envidia.

El cuadro a contemplar era digno de los pinceles de un Rembrandt. La voz débil del maestro explicando su lección ante el cadáver, fascinaba al auditorio, sin que pudiera tener otro motivo de distracción que la labor del director, que extraía de aquel ser inanimado su corazón, en el que la enfermedad había dejado una a una todas las huellas que el insigne médico había diagnosticado.

Los buenos y generosos sentían en sus almas, por aquel triunfo del maestro, placer inefable; los pobres de espíritu celebrabanlo también, pero con el estrépito y clamor de las conciencias farisaicas.

Varela de Montes, clasificado entre los médicos filósofos, fué, además de un escritor profesional notable, como se deja dicho,

diputado a Cortes en el período de 1844 a 1846, y en una de sus obras se lee esta referencia de sus títulos y honores:

"Decano y Catedrático de Medicina clínica en la Universidad de Santiago, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica y de Número de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, Secretario honorario de S. M., Académico de Número de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Galicia y Asturias, Corresponsal de la de Madrid y de la Real Academia de Ciencias, de Mérito de la Academia de Esculapio, de la Quirúrgica Matritense; Socio igualmente del Instituto Palentino y del Valenciano, de la Academia César Agustiniense, de la Mallorquina, de la Asociación Médica de Jerez de la Frontera y de la de Lisboa, de la de Medicina práctica de Amberes, Corresponsal de la de igual clase de Willebroeck, de la de Medicina legal del Gran Ducado de Baden, Socio de Mérito de la Sociedad de Amigos del País de Santiago, etc."

Falleció el doctor Varela de Montes en mayo de 1868, y la Universidad manifestó, ante su cadáver, la expresión sincera y profunda de su dolor por la pérdida de uno de sus miembros, que tanto la había honrado, según recuerdo, con poca precisión haber leído en documentos que tuve en mis manos hace muchos años. Pero ya hemos visto en qué se quedan los monumentos que se proyectan en honor a los sabios.

Un retrato hay de Varela de Montes en

el Decanato de la Facultad de Medicina y un cuadro al óleo se puede admirar en la biblioteca de la Universidad, que a este Centro debió haber regalado la familia del sabio maestro compostelano, según se deduce de la dedicatoria del ilustre pintor, que transcribo: "A don José Varela de Montes—Recuerdo de amistad del autor D.º Fierros—1874." Ni siquiera un vitor se le dedicó, si bien la repisa a que ha hecho referencia, es por sí solo, un monumento acabado, más de ingratitud y olvido, al doctor Varela de Montes; y, por lo mismo:

Excmo. Sr. Rector de la Universidad Compostelana.

Excmo. Sr. Alcalde de Santiago, e ilustre Decano de la Facultad de Medicina de esta ciudad: con todo el respeto debido a tan elevados cargos y a las distinguidas personas que los ejercen, a una de los que me liga el vínculo indisoluble de la gratitud y afecto por haber sido mi maestro, me permito reproducir las palabras con que el propio doctor Varela de Montes termina su tratado de "Piretología práctica", por si en ellas hay la suficiente virtud de estímulo para que se le haga la justicia del homenaje que se merece:

"Admitan los contemporáneos mi veneración y mi respeto, y reciban los sepulcros venerandos las coronas científicas que les dedico. ¡Llor a los genios de todas las edades!"

F, Esmoris Recamán

Finisterre, septiembre 1945.



El Doctor Varela de Montes

INTELIGENCIA Y VOLUNTAD

AL SERVICIO DEL ARTE DEL ESPECTACULO

Recorriendo Asturias de punta a cabo, en nuestro afán de reflejar en las páginas de FINISTERRE los múltiples aspectos de la vida en esta región, un hecho ha venido a sorprendernos que por su trascendencia no podemos silenciar aquí a la hora de consignar todas las facetas que nos muestra Asturias en el armónico conjunto de sus hombres y sus hechos, sus pueblos y sus empresas. Lo mismo si nos adentramos en el corazón de la cuenca minera, donde la industria florece con pujanza inigualada, como si nos acercamos a los pueblos de la costa cántabra, nidos de una importante y brava flotilla pesquera, o a las villas de honda raigambre campesina, tropezamos con un nombre que viene a ser como el denominador común del arte del espectáculo en Asturias; hablamos, y quien conozca la región, ya lo habrá adivinado: de la Empresa Pardo. De Oriente a Occidente, a lo largo y a lo ancho del mapa astur, hay una cadena de teatros y cines, centro cada uno de ellos de las horas de esparcimiento y solaz de esa multitud de gente que en las minas y en el mar, en fábricas y oficinas, en el campo y en el comercio, hace de Asturias una auténtica colmena. Eslabones de esa cadena que más arriba citamos, son los teatros y cines de Pola de Laviana, Grado, Pola de Siero, Lluarca, Moreda, Pravia y Villaviciosa. Al enterarnos de que una sola mano regía, y con acierto tan indiscutible como insuperable, este conjunto de locales, no pudimos por menos de imaginarnos un hombre cargado de años y experiencia, frente sesuda y corazón de luchador, que, a punto ya de rendir viaje, podía ofrecer en su obra pujante y viva el fruto óptimo de un largo afanar. Pero hete aquí nuestra sorpresa, cuando al ir en busca de



**D. JOSE LUIS ALVAREZ PARDO,
CREADOR Y ANIMADOR DE LA
EMPRESA DE ESPECTACULOS
PARDO**

él, nos encontramos de manos a boca con un hombre joven, lleno de vitalidad y optimismo, que, con espíritu moderno, supo crear un circuito de teatros y cines inyectándole el dinamismo que rebosa su corazón. Sin embargo, no se trata, como por su juventud pudiéramos creer, de una persona que, aventurándose en una empresa, haciendo trampolín de la suerte, lograra cosechar el éxito por una serie de circunstancias fortuitas y favorables. Nada más lejos de la realidad: José Luis Álvarez Pardo llegó a ser el empresario que monopoliza los espectáculos de media Asturias por obra y gracia de su esfuerzo personal, volcando toda su voluntad recia y vigorosa en la tarea. Y nadie como él puede hacer alarde de competencia en materia de espectáculos, nadie como él puede vanagloriarse de conocer sus más íntimos resortes y hasta el más

recóndito engranaje de toda su compleja maquinaria, porque José Luis Álvarez Pardo, paso a paso, derrochando una constancia y voluntad sin parangón posible, supo ascender hasta el elevado puesto que hoy ocupa haciéndose peldaño de sí mismo. Hoy, para él, la empresa del espectáculo no guarda secreto alguno. Conoce al público, sabe seleccionar con criterio riguroso y exacto las películas y espectáculos que serán de su agrado y simpatía, y sabe también, aspecto éste muy importante en una empresa de envergadura tal como la que él rige, rodearse de los colaboradores que precisa, inculcándoles su mismo espíritu dinámico y moderno para que, a través de ellos, trascienda al público. Es tal el éxito alcanzado por Pardo en la selección de programas, que, además de los locales pertenecientes a su circuito, que explota directamente, varios empresarios de plazas muy importantes le han encargado de la gestión y desenvolvimiento de sus negocios, sabedores de que sólo él podía proporcionarles la garantía del éxito.

Esta es, a grandes rasgos, la personalidad y la obra de José Luis Álvarez Pardo; no hemos hecho más que bosquejar su recio perfil de campeón de los negocios, de campeón inquebrantable que ha sabido encadenar el éxito a su carro de batalla. Sin embargo, no es preciso hablar de él; todo lo que hay de admirable en su vida y digno de encomio, nos lo está pregonando su obra con el lenguaje exacto de las realidades. Y cuando fructifiquen y cuajen todos los proyectos, gavilanes de alto vuelo, que en su inteligencia anidan, entonces, menos que nunca, será necesario hablar de José Luis Álvarez Pardo: su obra hablará por él.

EN TORNO A D. ARMANDO

Por JOSE LEON DELESTAL

Yo no he vivido en la Arcadia. Cuando mis ojos se abrieron a la luz ya rumiaba el Nalón, vegas abajo, la negra pesadumbre de sus aguas tiznadas de minería. Ya entonces el peril heroico de Nolo de la Braña se había cansado de rasgar neblinas con la punta de lanza de su montera piconica y, a trueque de ella, descendía la penumbra de una boina minera sobre la frente descampada y noble del que otro- ra fué gloria de su aldea y paladín de las romerías. Hogaño, buscaba yo, en torno mío, aquella serena majestad y rubia candidez de la Demetria que, en su maravilloso poema, digno de colocarse a la par de "La Iliada" y "La Eneida", de "El Ramayana" y "Os Luisiadas", nos entregó el genial rapsoda astur, y a fe que no la hallara si no fuera que un día, riberas del Nalón, desvelóse ante la mirada sin ojos de mi alma toda su gracia alada y sutil, prisionera bajo los humildes ropajes de la "carbonera rebuscona" que, con hieratismo indecible, plasma en piedra las rudas estrofas de un romance minero en aquel momento del Parque Dorado, centro y corazón de la cuenca carbonífera.

Yo no he vivido en la Arcadia. No saben mis ojos del éxtasis sublime en la contemplación de valles y montañas, vírgenes en su primitiva rusticidad, limpios de toda mácula y del hollar de ninguna planta extraña. No han arrullado mis oídos los tenues bishiseos, leves, levisimos como besos en la penumbra, de las guadañas segando la hierba rumorosa, ni el raurmulló lejano de las añadas dulces y vernáculos, susurradas por labios de madre en el dormitar de la quintana.

Don Armando nació en tales tiempos y, del corazón sensible de su pluma, tierna "paxarina" estremecida de dolor, brotó aquel mensajero palpitante de "La aldea perdida" cuando las tierras de su Arcadia bienamada, carne de su carne, amor de su propio amor, viéronse heridas en la entraña de su paz ancestral por el hálito poderoso de la civilización que llegaba. Nadie como el jilguero de Entralgo, que jilguero fué y de los que embriagan los oídos y enervan el espíritu con su dulce canto, supo bosquejar y plasmar en páginas inmortales toda la angustia de una raza primitiva y patriarcal que siente en sus portaladas rústicas el aldabonazo de los afanes y complicaciones modernas, el lento agonizar de la égloga virgiliana y apacible ante la batahola y el estremecimiento de los tiempos nuevos, el fin de una época sahumada de evocaciones bíblicas en el umbral de una era acuchillada de bocaminas y enfebrecida de agitaciones sociales. Y surge entonces, entre una época y otra, como dentellada que separa una misma carne y hace de ella dos carnes distintas porque la herida las divide, el grito angustioso del Señor de las Matas de Arbín, flecha disparada hacia la diána del porvenir por el arco y el impulso de la profecía, vaticinio implacable de lo que ha-

bía de ser una edad agitada y amarga donde la paga de los sudores sería el salario y no los frutos de la tierra siempre generosa.

Yo no he vivido en la Arcadia, más bien la he adivinado, presentido tal vez, en mis indescriptibles ensueños que fueron como ciegos pordioseros a quienes llevaba de la mano ese lazarillo incomparable que es la gracia de don Armando en su beethoviana "Sinfonía pastoral", en su homérica "Aldea perdida". Yo también lloro con él; al igual que las suyas, mis lágrimas tejen con sedas de melancolía el sudario que amortaja, tristemente, piadosamente, el cadáver de nuestra "Aldea perdida", que antaño fué cuerpo rozagante y vivo, carne verde y palpitante como la mocedad de Demetria antes de quebrarse, tal que espadaña tronchada, al golpe de una mano que no era, que no podía ser asturiana.

Sin embargo, yo, que nací cuando el Señor de las Matas de Arbín, magna encarnación del clasicismo en la vida del hombre, había sellado ya con su anatema los tiempos que se acercaban, con qué gozo leería una segunda parte de "La aldea perdida". ¡Ay, si la mano venerable y amorosa, hoy apagada, recién desvanecida, hubiese tomado, de nuevo, con mimos de padre y aruelos de enamorado, el hilo de su poema en el punto y hora donde lo abandonó! Sabrían entonces muchos que lo ignoran que del dolor de aquella aldea que moría surgió el amanecer de una aldea nueva, como del dolor de la madre nace la rama fresca del hijo que ha de ser su orgullo y alegría. Oirían muchos a quienes la ignorancia, o tal vez la soberbia, ha ensordecido, como aquellas canciones jugosas y tiernas del campesino al retornar de la siega o del labrantío:

Dicen que tus manos pinchan
para mí son amorosas:
también pinchan los rosales
y sin embargo dan rosas,

hánse transformado en recios cantos mineros
que huelen a polvo de hulla y a humo de

dinamita, bravas canciones acompañadas y sincronizadas al redoblar de los martillos sobre la roca.

Los mineros del Fondón
todos gastamos boina
con un lebrero que dice:
¡Todo sale de la mina!

Y los que antaño fueron nobles aldeanos y entregaban su vida, y sus afanes al terruño, hoy son mineros, no menos nobles, que en las entrañas de los montes, ataviados de polvo y sudor, maceran su carne y tensan sus músculos en la tarea cotidiana que es el fundamento y la sal de la prosperidad astur. Yo quisiera, don Armando, que vos hubieseis escrito la segunda parte de "La aldea perdida". Una segunda parte que, ahora no, pero con el tiempo y la ayuda de Dios se habría titulado "La aldea ganada", porque del dolor que trajo la mina surgirá, no cabe duda, la felicidad que ella misma ha de traernos. No se sufre, no se trabaja resignadamente sin que ese dolor y esa misma resignación dejen de traernos su fruto de bienandanza.

Hubo un día en que, al contemplar la incansable brega del minero, por obra y gracia de la poesía, hija de todo sentimiento, nacieron en mi corazón con sal de lágrimas y música de llanto unos humildes versos.

Lo va diciendo el Nalón
por los valles carboneros:
¡Oro negro es el carbón
y oro negro el corazón
sufrido de los mineros!
¡Oro de vida sencilla!
¡Oro negro de alma recia!
¡Nadia en su valor lo aprecia
porque es oro que no brilla!

¡Verdad, don Armando, mi llorado poeta del Nalón, verdad que vos también diriais lo mismo, con frases más bellas, sí, con pensamientos más elevados y exactos pero empapados de idéntico pensar?

Gijón, 16 de octubre de 1945.

Finisterre



Casa donde nació Palacio Valdés



Monasterio de Lerez, fundación del siglo X, según una fotografía antigua de S. Mon y Novás

VERSOS INEDITOS DE JUAN B. ANDRADE

JUAN BAUTISTA ANDRADE Y TOJEIRO nació en la rectoral del antiguo Monasterio de Lerez (Pontevedra), el día 24 de julio de 1879 y falleció en su casa de Lerez, el día 3 de septiembre de 1930.

Su infancia y juventud tuvieron por escenario las bellísimas márgenes del río Lérez, y en su educación intervinieron dos hombres de gran inteligencia y a quienes siempre recordó con cariño: Fray Juan Arribas, tío de su madre, y don Francisco Javier Pimentel, también sacerdote, con quien convivió algunas temporadas de sus años juveniles en Puenteareas.

La vocación artística de Andrade no se manifestó hasta cumplidos ya los veinte años de edad y fué mantenida en absoluto recatamiento hasta que le fué otorgado, a comienzos de este siglo, siendo un desconocido como cultivador de la rima, el primer premio de poesía en un certamen literario que organizara el Ateneo León XIII, en Santiago de Compostela. La obtención de ese premio coincide, pues con el comienzo de sus actividades literarias.

Unos años más tarde, en unos famosos Juegos Florales, celebrados en Toledo con motivo del centenario de Rojas Zorrilla, consiguió el galardón máximo una hermosa composición

suya, titulada "Intima". Y poco tiempo después, en un certamen celebrado en Santiago en el año 1910, con motivo de la Exposición Regional, se le adjudican los dos primeros premios: la flor natural, a un admirable poema titulado "Las Cumbres", y el primer accésit, a "La casa muerta". Con motivo de este triunfo literario le fué ofrecido en Santiago de Compostela el homenaje admirativo más rendido y clamoroso que poeta alguno pudiera ambicionar, y del que siempre conservó un vivo recuerdo. Y a partir de ese momento no volvió a presentar trabajo alguno en certámenes literarios. En Santiago había contraído el compromiso de publicar su primer obra pética, ante el Marqués de Riestra, que se ofreció a editarla, y ante don Augusto González Besada, mantenedor de los Juegos Florales, que quiso prologarla. En efecto, poco tiempo después, en 1915, apareció su primer libro: *AL AMOR DEL TERRUÑO*. Esta obra, de poesía romántica y corte clásico, tuvo un gran éxito de venta y crítica, y en ella figuran las poesías premiadas en los certámenes a que había concurrido.

Y, como si esa primera creación literaria hubiese dado satisfacción a un anhelo instintivo

y urgente, en su existencia se operó un cambio profundo: los largos años que transcurrieron hasta la aparición de su segundo libro los dedicó casi exclusivamente al estudio. Durante ese período de su existencia hacía vida muy metódica, no sólo por temperamento, sino también por su delicado estado de salud, y, descontando las horas de la mañana, absorbidas por sus actividades profesionales en el Ayuntamiento de Pontevedra, las de tarde transcurrían en plena Naturaleza, leyendo, escribiendo o charlando en un lugar de su predilección: el pinar de "La Fillagosa". El paseo cotidiano hasta el pinar de La Fillagosa, y su permanencia en él durante las tardes, ejercía tal atractivo sobre el poeta, que sólo en días muy apacibles dejaba de verificarlo. Le impulsaban a ello, de una parte, apetencias de orden estético—nadie vivió en comunión más constante y absoluta con el paisaje—y, de otra, su intuición biológica, a la que, sin duda, debió un estado hígido regular durante bastantes años. En el lugar más bello y acogedor de la finca, que era de su propiedad, había instalados una mesa y bancos de piedra y en él se entregaba a sus ocupaciones favoritas: leer, escribir o charla con los jóvenes poetas que solían acom-

pañarle, y entre los que figuraban como más asiduo el malogrado Luis Amado Carballo.

En esa época esbozó varios trabajos—unos en verso y otros en prosa—que, sin embargo, no llegó a realizar: "Mujer y paisaje", "La sombra de fray Juan", "El Pazo, los cipreses y el mar", etc., en que desgrana, unas veces en verso y otras en prosa, los matices sentimentales e ideológicos de su personalidad—profundamente humana, universal y chorreante de belleza—y en los que, en todo instante, vibra, además, una formidable intuición.

Pero, sin embargo, la producción de esta época, de lenta e incesante evolución, la ha dejado inédita para presentarse de pronto con la nueva depuradísima modalidad estética, de que hace gala en "DIANA DE GAITA". La producción poética contenida en "DIANA DE GAITA" se refiere, pues, para las composiciones más antiguas a uno o dos años en relación con su fecha de publicación y para gran número de ellas a tan sólo meses antes. Y, aunque resulte paradójico, ese período de intensa producción coincidió con el acmé de su enfermedad, con días de constante desasosiego y noches de agitación febril, cuya ansiedad resume tan delicadamente su "Canción de insomnio y de herida". A pesar del malestar que entonces aquejaba, sólo por esta vez hace referencia el poeta a su propio dolor. Y es que el desaliento ensombrecía su ánimo con igual fugacidad que una nube pasajera silencia la alegría de un paisaje radiante y momentos después seguía destilando su espíritu en versos saturados de fragancias primaverales. Esa peculiaridad reactiva le prestaba la alegre tónica espiritual que trasciende de "DIANA DE GAITA", y la destaca porque la tónica vital de Andrade, la que al margen de su estética determinó su poesía, estaba, por el contrario, intensamente influenciada, casi polarizada, por el angustioso sentimiento de *sed de luz*... Su angustia ante el paisaje desvanecido en la niebla fué expresada por el poeta con tal sensibilidad y una tal variedad de matices, que difícilmente serán superadas. Mas, como si un inexplicable rubor le impidiese popularizar sus angustias, o como si quisiera superarlas en un sentido afirmativo de la vida, dejó inéditos esos poemas y produce la impresión de que sólo rompe a cantar embriado en presencia de la luz radiante. Y así comienza su obra maestra en una "DIANA DE GAITA", para seguir con "Canciones de la mañana", "Prólogo de la primavera", "Día de mayo"... y poema tras poema, estilizando luz, "En el intelecto d'amore con que el poeta se va llegando a las cosas, hay, sobre todo, alegría, claridad mañanera", dice su prologuista Díez-Canedo. Y otro crítico añadió: "El poeta se empapó de luz y aromas del amanecer para estos versos de "DIANA DE GAITA". Y cuando los llevó al pentágono hizo que las sonoridades nuevas y sencillas conservasen los perfumes y claridades matutinas en toda su pristina originalidad." Su obra se resume, en efecto, como el poema que sólo podía entonar un espíritu selecto en perenne comunión con el paisaje: como un poema a la luz.

Pero al gran enamorado de la luz le negó en seguida el Destino la delicia de gozarla y de cantarla. La enfermedad que le aquejaba, y que desde la primavera había hecho crisis de un modo que parecía definitivo, reapareció de pronto con tal intensidad, que ya no pudo so-

brellevarla. Cuando presintió que le restaban pocos días de vida se hizo conducir en coche a uno de los lugares que atalayan las márgenes del Lérez y ya allí sollozó por lo que pronto se desvanecería para siempre en su retina, por lo que se desvaneció en el crepúsculo del día 3

de septiembre de 1930, a los cincuenta y un años de edad. Su cuerpo reposa en el panteón familiar del cementerio de Lérez, que, por un azar del Destino, ha sido instalado en el mismo lugar en que vivió sus mejores horas: en "La Fillagosa".

CONFESION ANTE LA NATURALEZA

Yo, pecador de tu belleza
por cada vez que la he cantado.
Ante ti yo confieso mi pereza
y de haberme la vida malgastado.

Fuera toda ella para ti
y para Dios, y me sintiera
libre de culpa en lo que yo vivi
y a la postre, dichoso que me muriera.

¡Cuanto me has dado que no es fruto
de corazón y entendimiento,
lo arrastra el alma como un peso bruto
y el plomo de mis alas en el viento!

¿Cómo olvidaste que mi frente
nació para vivir erguida?
¿Cómo me evitaste la doliente
ansia del bellocino de la vida?

Pero no te reprocho; vivo
con mi ilusión y mi cantar
Me hiciste tolerante y comprensivo
y me has dado la ciencia de soñar.

Soy al amor dado. La vida
rendirse debe a la mujer,

Yo clamo el olvido

Yo clamo el olvido

—¡Si en él vivo ya!—

Ah, no, más olvido,
más olvido, más...

Que me defendiese contra todo un alto
cerco de montañas,

que sólo me viese sepulto en la tierra
la estrella más pura, la nube más blanca.

Olvido de todo, mas contigo siempre,
¡contigo y con Dios!

Lo demás ¿qué importa? Lo demás tan sólo
llena de ruidos nuestro corazón.

que allí donde de amor se abre una herida
luce una estrellación y un florecer.

Soy todo poeta. Nada más.
Si acaso un algo penseroso.
Soñar, leer... En todo lo demás
o soy indiferente o perezoso.

Y aunque mi musa no es amante
de hacer el verso burilado,
pienso tallar un día mi diamante
en un oro inmortal bien engarzado.

Tu angustia y libre desnudez
mi pensamiento sensualiza.
Vuelco en ti el corazón por cada vez
que mi encantado amor te fertiliza.

Tal como soy no me hice yo;
me has hecho tú, sabia natura;
pero tan de mi gusto resultó,
que no quisiera otra distinta hechura.

No sé si soy dichoso, y hasta
creo que no debo inquirirlo.
Tengo la ciencia de ser bueno y. basta
para vivir dichoso, para morir tranquilo.

*Casa Lado***GUTIERREZ Y RODRIGUEZ LTDA.**ULTRAMARINOS FINOS Y ESPECIALIDAD
EN CHOCOLATE ELABORADOS EN CASA

Cap. Carreró, 15

Teléfono 1626

V I G O

García, Fernández y Compañía

ALMACEN DE FERRETERIA

Y
QUINCALLAGeneral Martínez Anido, 41
Teléfono 45 — Apartado. 20

A V I L É S

TORNILLERIA, TREFILERIA

Y DERIVADOS S. A.

Tornillos torneados y galvanizados, tornillería fina y de precisión, tuercas, remaches, escarpias, arandelas, espárragos, tirafondos para vía, tensores, y negros para la fabricación de somniers, soportes para líneas aéreas y toda clase de obra torneada. Trefilería

LA FELGUERA INDUSTRIAL

LA FELGUERA
(ASTURIAS)

UN ACTOR ASTURIANO EXCEPCIONAL

JOSE MANUEL RODRIGUEZ Y SU
COMPAÑIA DE TEATRO REGIONAL

José Manuel Rodríguez, al frente de su Compañía Asturiana ha reanudado sus actividades artísticas.

Pero Asturias no le suelta con facilidad, las Empresas se lo discuten y el acoplamiento de fechas resulta un problema para complacer a todos.

En aquella región, a José Manuel se le quiere como a un ídolo; ha conseguido lo que otras regiones españolas no tienen, sacar adelante un teatro que recogiendo las costumbres y el decir de la «tierrina» pueda presentarse con dignidad fuera de ella y hacer vibrar el sentimiento y la simpatía, no sólo de los asturianos, sino el resto de los españoles.

Sólo una voluntad de hierro como la de José Manuel Rodríguez unida a su gran temperamento artístico, pudo lograr la gran empresa de reunir una Compañía que viene recogiendo el aplauso de todos los públicos. Para interpretar el teatro asturiano, no podía acudir a los actores ya formados y consagrados, resultaba imposible que se adaptaran a su tipismo sin que éste perdiera la naturalidad que necesariamente ha de caracterizarle.

No había otra solución que formar actores y si la dificultad era grande la



pudo vencer con una constancia admirable, asistiendo a cuantas representaciones se daban por los cuadros artísticos, pulsando temperamentos y actitudes de unos y otros, seleccionando aquellos elementos que a su juicio constituyeran la piedra angular de sus aspiraciones.

La Compañía Asturiana ya tiene un nombre consagrada, sus componentes son todos ellos artistas que con su gran corazón y amor a Asturias, van

sembrando por toda España simpatías y admiraciones por su tierra: José Manuel ya puede sentirse satisfecho, sus ilusiones ya son realidades, lo que alguien consideraba como una quimera ahí se nos presenta ahora como algo lleno de vida y color. Asturias ya tiene su teatro y los autores se preocupan con entusiasmo y acierto en darle los materiales precisos para que nunca le falte el éxito que se merece.

Después haber actuado en todos los escenarios asturianos, sea presentado con lisonjero éxito en las principales poblaciones españolas, tales como Valladolid, Salamanca, León, Palencia, Burgos, Bilbao, continuando a Santander y volver a su querida Asturias. Pero Madrid le reclama.

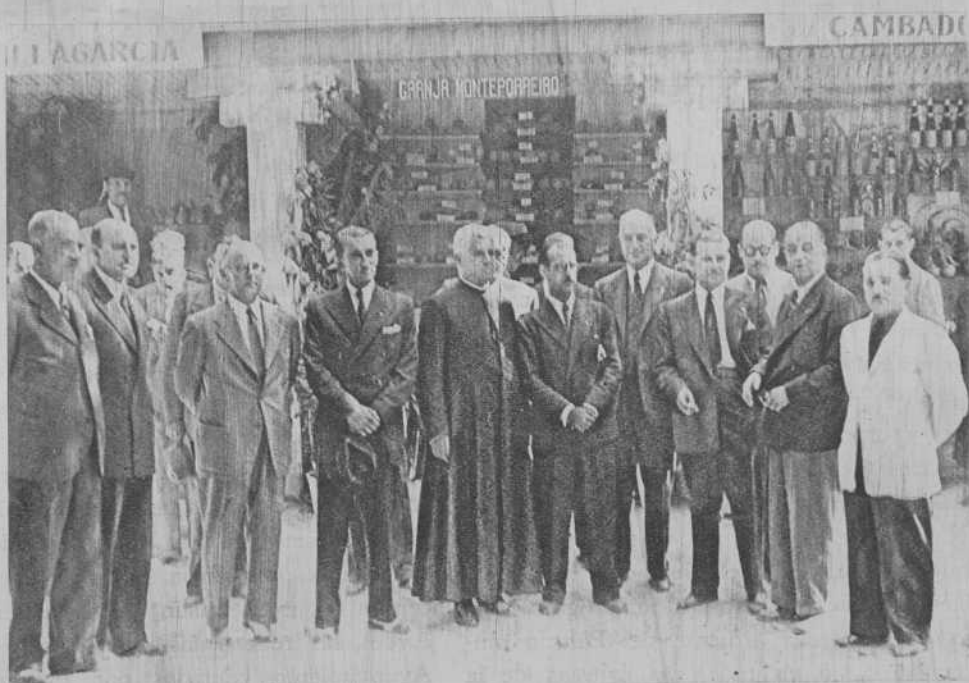
Recuerda el éxito del año 1941 en el Teatro Calderón y quiere nuevamente aplaudirle: José Manuel tiene grandes deseos de complacerle y dice, que si la nostalgia de la brisa del Norte se lo permite, pronto visitará Madrid.

No dudamos de que José Manuel conseguirá la popularidad de todos los públicos de España: su arte y el toda su Compañía se impone y nada podrá impedirlo que así sea.

BANCO HERRERO



Boda de la Srta. María Teresa Mazaira Salgado con D. Luis Felin Roselló, celebrada en Mellid (La Coruña). (Foto Arturo)



PONTEVEDRA.-Arriba: Las autoridades visitan la Exposición Agro-Pecuaría.-Abajo: Un aspecto de los «stands» del Certamen (Fotos Pintos)



SANTIAGO.-Momento de descubrirse el «Victor» al Padre Salvado, Evangelizador de Australia



SANTIAGO.-Las autoridades durante la misa, en el homenaje al Padre Salvado (Fotos Arturo)

El día 17 de octubre quedó marcado con sello dorado en los anales de la historia avilesina la ceremonia de dar tierra definitiva a los mortales restos del gran novelista asturiano por nacimiento y universal por adopción, don Armando Palacio Valdés.

A las nueve y media de la mañana llegaban a esta villa las bandas de música y gaitas del regimiento de Milán, que en honores del insigne asturiano recorrieron las calles interpretando canciones y tonadillas populares con acompañamiento de gaitas.

A las diez, en la iglesia parroquial de San Nicolás, se celebraron los solemnes funerales en sufragio del alma del finado, habiéndose dicho durante la madrugada, tanto en la capilla ardiente del Palacio municipal como en todas las iglesias de la población, misas, a las que asistió Avilés en pleno y representaciones de toda la Asturias por el poeta cantada.

En el presbiterio, todo el clero del partido judicial, y presidiendo el fúnebre acto, la representación del excelentísimo señor gobernador militar; a su derecha, el excelentísimo señor gobernador civil de la provincia, comandante militar de Marina, excelentísimo señor vicerrector de la Universidad, señor Pire; ilustrísimo señor secretario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, don José Francés, y don José Fernández Santa Eulalia; en la izquierda, señor alcalde presidente del excelentísimo Ayuntamiento de Avilés, don Ro-

mán Suárez Puerta; excelentísima Diputación, representada por el gestor provincial don Etelberto Albuerne Bravo; ilustrísimo señor jefe provincial de Obras Públicas, don Pedro Morán, y don Jacinto Higuera, autor del mausoleo en que se guardan los restos de Palacio Valdés. En los estrados cercanos a la presidencia se hallaban los concejales del excelentísimo Ayuntamiento de Avilés, las representaciones oficiales de los Ayuntamientos cantados por Palacio Valdés, viuda y nietas de éste, señores de Cánovas y Sirvent; señores Bonet y "Ade-flor", de Gijón; Directiva de "Amigos del Arte", de Avilés; representaciones de todos los organismos oficiales con sede en Avilés, y el resto de las naves del templo, materialmente ocupado íntegramente por todas las clases sociales de Avilés en cálido tributo al novelista.

Terminadas las exequias que a toda orquesta fueron cantadas por la capilla de la parroquia, se procedió a organizar la comitiva y duelos que partiendo de la plaza de España había de dirigirse al cementerio de La Carriona.

Los señores Cánovas y Sirvent, nietos

LOS RESTOS MORTALES DEL INSIGNE NOVELISTA ASTURIANO PALACIO VALDÉS RECIBEN SEPULTURA EN AVILÉS

Por Jaime Caldevila G. Villar

Pleno estaba el teatro que su nombre lleva, y aun sin luz, su aspecto era el de una magna reunión de familia, al calor de los años, siempre ardientes, del genio del novelista avilesino.

Y cual si todos fuéramos hijos y familiares, rodeamos al abuelo que en la graciosa penumbra iba a contar muchas y bellas cosas de Palacio Valdés. Y el abuelo empezó, con su modo peculiar de decir, porque José Francés es siempre escritor y cuando habla es como si fuera diciendo en alta voz los pensamientos y las ideas que su pluma próspera va vertiendo cada día en su producción literaria.

Todos escuchábamos con afán lo que de los meses de octubre Francés nos dijo, todos volvimos a oír con gusto la vida y la obra del asturiano ilustre.

Quizá alguien quería pedir al buen abuelo nos contase de lo mucho anecdótico e inédito que de Palacio Valdés él sabe; o también que nos narrase la historia íntima y circunstancias de sus novelas; pero no quiso inquietar el buen tono de aquella velada, a la luz de candelas y bajo la mirada aterciopelada y suave de la que fué compañera de sus días, la ilustre viuda de Palacio Valdés, que en el hogar de ayer era la madre buena de todos los que allí nos reunimos.

José Francés cantó a Asturias. Había poesía en su alma y calor en su verbo atildado, pulcro, muy lino de imágenes vivas y calientes. Y ¡qué bien disculpó los yerros del novelista el ilustre escritor, abuelo en la narración vespertina del día 17! No es un hombre menos porque haya pecado si de sus equivocaciones se enmienda y las repara, conocer a un escritor en su totalidad es mejor que dar por bueno cuanto lo es y no lo es. Que si destacaron personajes ilustres, capitanes y señores en el arte de novelar, también los públicos, nietos o hijos de las generaciones aquellas y víctimas también de ellas, quisiera conocer toda la verdad del hombre que no pierde en su grandeza porque sea conocido en la plenitud del ser.

Una hora y más, la familia asturiana, allí reunida, oyó la palabra del abuelo ilustre; todos aplaudían con emoción, hasta cuando para defender el siglo XIX se culpó al XX como el del terrorífico invento de la bomba atómica.

Asturias, por boca del hombre tan lleno de letras, como José Francés, rindió homenaje a la memoria de su hijo ilustre, que nombre nos dió en la literatura universal por su ecuménica popularidad. Avilés satisfizo de tanta grandeza y el deseo del ilustre muerto de que sus restos reposaran aquí cumpliéndose ayer, recibiendo cristiana sepultura en la Carriona.

José Antonio, Palacio Valdés, avenida de Portugal, hasta dar frente al instituto local, en cuyo lugar se retiró el clero y la cruz alzada, continuando la mayor parte de los asistentes a pie hasta el cementerio, donde se inhumaron los restos del inmortal poeta. Antes de dar tierra definitiva al cadáver, o sus restos, el alcalde, señor Suárez Puerta, pronunció breves frases de gracias a todos por su asistencia.

Por la tarde, antes del acto celebrado en el Palacio Valdés, el señor Francés y el señor Higuera, acompañados de varios amigos y directivos de la Sociedad avilesina "Amigos del Arte", recorrieron los lugares típicos avilesinos que el poeta canta y rememora en su "Novela de un novelista" y que, según expresión del ilustrísimo señor Menéndez Pidal, que asistió a todos los actos celebrados en homenaje al literato, deberían ser considerados como monumento nacional.

Hubo en este paseo por los típicos rincones avilesinos algo de emocional para nuestro sentimentalismo localista; y es ver con qué fruición y entusiasmo los que sienten y ven en todo con los ojos del arte, se

extasiaban ante esto que por tan conocido para nosotros no creemos valga la pena de ser recordado, pero que, indiscutiblemente, hace vibrar con tensión inenarrable a los que por vez primera nos visitan y quedan tan ligados a lo visto y sentido, que en más de una ocasión hemos oído decir a nuestros visitantes de estos días: "Desde hoy me considero como un asturiano más."

A las cinco y media de la tarde, en el teatro que lleva el nombre del patriarca, se celebró una velada necrológica en la que tomó parte, pronunciando un discurso, el señor Francés, sobre el tema "Loa y reintegración de Palacio Valdés a su Asturias natal".

Preside el excelentísimo señor gobernador militar de Asturias, y a su derecha el alcalde de Avilés, vicerrector de la Universidad y don Jacinto Higuera, y a su izquierda el alcalde de Oviedo, el de Laviana y el jefe local de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., don Francisco Orejas.

Por el secretario del Ayuntamiento avilesino se leen las adhesiones y las actas de las sesiones del Ayuntamiento de Avilés y cartas de don Armando Palacio Valdés.

A continuación, don José Francés pronuncia su discurso, que fué escuchado con interés y emoción por el numeroso público que llenaba el teatro Palacio Valdés y que ovacionó larga y entusiásticamente al orador tanto en algunos párrafos como al final del mismo, en que el público, puesto en pie, aplaudía sin cesar al orador en la memoria de don Armando Palacio Valdés.



El féretro llega a la estación de Avilés.

políticos del finado, y los concejales señores Del Valle, Blanco Pérez, Barona, López y Ureña transportaron los restos mortales desde la capilla ardiente hasta la carroza fúnebre. En aquel instante de verdadera emoción, el silencio era tan patente en toda la plaza, que casi podríamos decir se percibían las notas de acompañamiento sobre las que se alzaba como eco del cielo la voz de María desde la cercana casa de los Elorza.

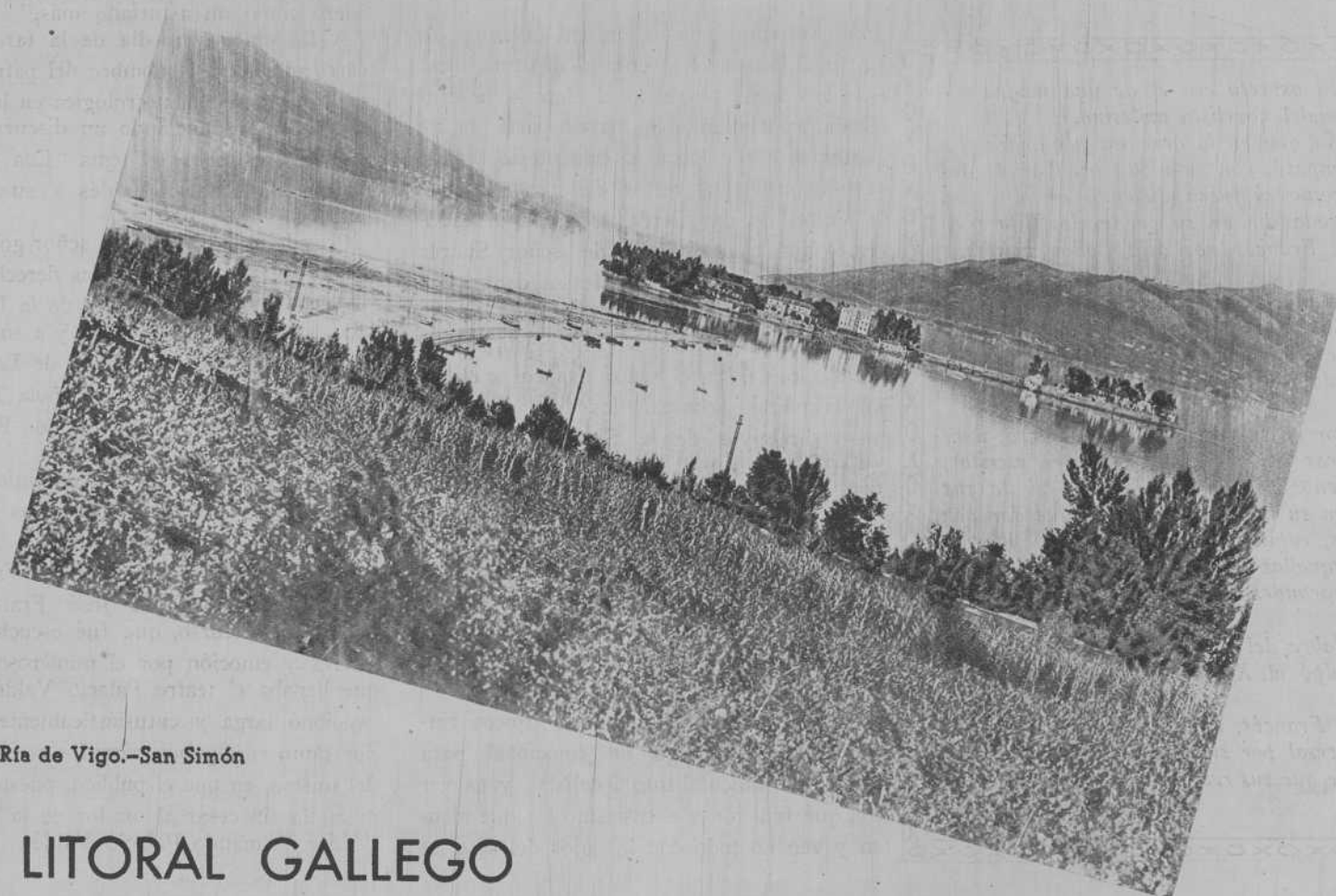
Acto seguido se formó la comitiva. Primero la cruz, una carroza portando las coronas, una representación de la J. F. con traje de aldeanas portando un ramo de flores; banda de música militar, con sus gaitas; clero, carroza en que iban los restos mortales, y a continuación los duelos formados por el Ayuntamiento avilesino; familiares con don José Francés; Ayuntamientos de la zona que Palacio Valdés cantó en "La aldea perdida" y "Sinfonía pastoral"; presidencia oficial, constituida por el coronel representando al excelentísimo señor gobernador militar, llevando a su derecha al excelentísimo señor gobernador

civil, comandante militar de Marina y vicerrector, señor Pide, y a su izquierda al alcalde de Avilés, señor Suárez Puerta; gestor provincial señor Bravo y jefe de Obras Públicas, señor Morales. A continuación las autoridades locales, representaciones de los Ayuntamientos del partido judicial de Avilés, "Amigos del Arte", Cámara de Comercio avilesina y entidades locales. Cerraba la comitiva oficial la banda municipal de música, que interpretó varias composiciones asturianas, y a continuación numeroso público, que aumentaba a medida que el entierro pasaba por las calles en dirección al cementerio y se unían a la comitiva los numerosos avilesinos que contemplaban en religioso recogimiento, emotivo y sencillo a la par, el paso de los restos mortales del que en todo momento suspiró por descansar eternamente en el cementerio de Avilés, como lo demuestran las varias cartas que Palacio Valdés, en distintas ocasiones, dirigió a don Manuel G. Wes (q. g. h.), en las que refleja su ardiente deseo de enterrarse en nuestra tierra.

La comitiva transcurrió por las calles de



Los restos reciben sepultura en el Cementerio de Carriona.



Ría de Vigo.-San Simón

EL LITORAL GALLEGO

DEL MIÑO A LA TOJA

Por DIEGO QUIROGA Y LOSADA
Marqués de Santa María del Villar

(Fotos del autor)

Aunque son harto conocidas las costas gallegas por su belleza y, grandiosidad en muy diferentes aspectos, desde aquella ría maravillosa de Ribadeo, lindera con tierras astures, al Miño y Monte de Santa Tecla, nunca deja de ser oportuno y conveniente recordar lo que es esa costa soberana, plena de «encantifios» y marinas soberbias.

En esta época en que, terminada la gran contienda mundial, parece resurgir de nuevo el turismo internacional y aun el nacional, bueno será ir mostrando una vez mas al excursionismo, los infinitos lugares turísticos con que Galicia cuenta, donde hay motivos para todas las aficiones y gustos: para el pintor o fotógrafo, dibujante o simplemente espectador, paisajes de ensueño por doquier; para el pescador de caña numerosos ríos incomparables, ricos en truchas y salmones, como el Miño, Sil, Cabe, Lerez, Avia, Tambre, Eume... por citar algunos, porque ¡hay tantos y tantos mas! que llenaríamos todo el espacio de que disponemos; para el automovilista aficionado a carreteras, algunas que mas parecen paseos por jardines; y... no digamos para el aficionado al deporte de la vela: cuenta con rías y bahías como las de Vigo, Marín, Villagarcía de Arosa, La Coruña, Ortigueira etc., etc., ideales, únicas, para practicar dicho deporte.

El litoral de Galicia, es, como decimos antes,

soberano. A grandes rasgos vamos a recorrerlo, comenzando por las riberas del Miño, recordando aquella antigua melodía de Curros Enríquez y Chané, que decía «Buscan os pintoreses pra facer niño a erba santa que nace a beira dos ríos».

Pues bien, no vamos a buscar nada; todo está a la vista del viajero por esa costa. Subamos primero al Monte de Santa Tecla, para dar un vistazo a aquel panorama encantador, de maravilla y... no decimos más, porque, si comenzamos a hablar de Santa Tecla, no salimos de allí en estas breves notas en las que no siéndonos posible abarcar, ni a grandes rasgos, todo el litoral gallego citado, llegaremos tan solo... a donde podamos costa adelante, y bien quisiéramos llegar, siquiera, a dar la vuelta por las rías de Vigo y Pontevedra, por esas rías *baixas* únicas en el mundo, haciendo alto en la Toja, para seguir adelante en otra ocasión por la ría de Arosa, Noya, Muros, Finisterre, Corcubión, Lage, Puentevedra, Corme, Camariñas... hasta Ribadeo, cuando la dirección de FINISTERRE lo crea oportuno. Descendamos de Santa Tecla, de ese mirador magno, atalaya sobre la divisoria con Portugal, cara al Atlántico, Camposancos, La Guardia, y carretera de la costa adelante, vamos hacia Vigo, por ese balcón sobre el mar, por esa cornisa del Atlántico que mas de una vez nos hace detener, apear-

nos del coche y mirar a ese mar con las Cies, Ons, islas todas de maravilla, muy especialmente al situarnos en Cabo Silleiro.

Si el mar está tranquilo, la belleza es muy grande, pero si el mar se muestra bravo la hermosura es suprema.

Damos vista a Bayona y a su Castillo de Monte Real, lugar veraniego por excelencia, que no lejos de la costa tiene ese Valle Miñor, con Gondomar y la ruta que a Tuy conduce, de los mas amenos.

Pero... no podemos extendernos; sigamos al muy pintoresco Ramallosa, a esas ensenadas, verdaderos lagos de ensueño, y... poco despues La Playa de América, inmensa, grandiosa y el poblado de Panjon con el templo votivo, que se destaca de Monteferro.

Iremos viendo las Islas Cies desde distinto lugar: nos parecerán diferentes y siempre bellas. Y por esos campos de viñedos y millo, vamos a San Miguel de Oya, y, a la vista de Bouzas, entraremos en la ciudad de La Oliva.

Hablar de Vigo, sería necio o ridículo; por que... ¿quien no conoce aunque de oídas sea, esa gran ciudad de Galicia?

Estando una tarde con una señora en la ribera de Berbés, una de esas tardes de verano sober-



Ría de Aldán.-Vilariño

tre parrales, maizales y pinares.

Crucemos Aldán, donde no falta como en tantos sitios los bellos pazos gallegos, y a la vista de Beluso, descendamos a Bueu, con un panorama excepcional sobre la ría pontevedresa, que seguiremos por Ardan hasta Marín, Los Placeres y Pontevedra.

Es forzoso ir dando saltos en estas mal hilvanadas cuartillas por falta de espacio; y por lo tanto pasemos por alto, la capital de la provincia, su Sta. María, la Peregrina, y cruzando el Lerez por un hermoso puente a la vista de La Caeira, vamos a Poyo, de allí a Combarro, y en ese poblado *marifeiro*, de típicos cruceros, adentrémonos por sus callejas, angostas, *netamente* pescadoras, con sus anchas losas en el pavimento y lleguemos a esos rincones en que los hórreos cuelgan sobre el mar, y a su pie las clásicas dornas que a nuestra mente traen, quizá por lo viejos que somos, aquel pleito, en gran parte movido por la política de... «*feitos y traíñas*».

Dejemos el ideal Combarro, sigamos por las orillas de la ría, viendo enfrente Los Placeres, Marín y la Isla de Tambo, para, subiendo a Samiera, ver enfrentados Aldán, Bueu, y desde Rajó, la punta de Beluso y la entrada de la ría de Aldán. La belleza es enorme, indescriptible.

¡Cuántas veces, hace cincuenta o más años, oímos cantares populares al cruzar embarcados innumerables veces desde Sanxenxo o Porto Novo a Aldán!

Trasponemos la ría de Pontevedra, descendemos de Villalonga y las cercanías de la hermosísima playa de La Lanzada, de fina arena plagada de curiosas conchas y caracolas que el fuerte mar allí arroja, llegamos al puente que une con tierra la isla y balneario de La Toja.

Lector amable que hayas tenido paciencia para soportar esta mala reseña de uno de los más bellos lugares de España: aquí suspendo, para seguir, como al comienzo digo, en otra ocasión, por la Ría de Arosa, y por esos poblados de Santo Tomé, Cambados, Fefiñanes, con sus palacios, Villanueva, Villajuan y Villagarcía...

bias de la ría de Vigo, mirando a su entrada que como puerta tiene ese telón de las Cies, y en sus orillas, Bouzas, Cangas de Morrazo, Moaña, Domayo, San Simón... nos decía estas palabras (y hagamos constar que dicha señora era de la Costa Brava catalana, de gran belleza): «Esto es un pedazo de cielo que Dios quiso poner aquí, o... bien que se le cayó o escapó.»

Y, no pudiendo extendernos, salgamos de Vigo, por Teis y Lavadores, siguiendo esa bahía hermosísima como pocas o ninguna, después de hacer honores como en toda Galicia, a los preciados y riquísimos mariscos, ¡que éstos sí que son únicos en el mundo, y mas si los acompaña ese viño del Ribeiro, insustituible para mariscos y *sardiñas*!

Los paisajes se suceden ideales, y por ellos se arriba a Redondela, con sus magnos viaductos, pintoresco poblado de marinas ideales, «*enxebres*», y hacia la playa de Cesantes, Arcade, San Simón, la isla de ensueño (que sería un lugar soberbio para un Hotel de gran turismo), y el no menos pintoresco Puente Sampayo.

Diremos adiós por unos momentos a la costa, y por Figueirido bajaremos a Pontevedra, si queremos llegar pronto, acortando el camino; pero... no lo aconsejamos, se pierde con ese acortamiento de la vuelta a las rías *baixas* quizás lo más ideal de ellas.

Antes de llegar a Figueirido tuérase a la izquierda por una carretera, que nos llevará por interesantes paisajes de nuevo al mar y por la orilla opuesta a la llevada, iremos a Vilaboa, Domayo, veremos por lado distinto el que fué Lazareto de San Simón, bella isla cuando la mar está en pleamar, y a la vista de la playa de Cesantes, ría de Redondela, al ensancharse el precioso lago en el que se reflejan los pinares, maizales y viñas, llegaremos a Meira, daremos vista a Vigo en la otra ribera, pasaremos por Moaña, fábricas y más fábricas de conservas, y arribaremos a Cangas de Morrazo, porque ya nos encontraremos en la llamada península de Morrazo. Interesan-

tísimos son todos estos poblados, dignos de la visita las grandiosas fábricas de salazón y conservas, curiosas son sus romerías y fiestas, aunque ya han perdido mucho de su carácter típico... Salgamos de Cangas, el poblado pesquero por excelencia, y con panoramas soberanos sobre la ría de Vigo, nos iremos aproximando a las Islas Cies y a esa punta de Cabo Pequeno y del Subrido, desde donde se tienen, al parecer, las Cies al alcance de la mano, y en esa península que bañan las aguas de las rías de Vigo y Aldán, se encuentran a más de la citada punta, la de Couso y las parroquias de Nerga y Donon.

Demos el vistazo de despedida a la ría viguesa y a las Cies y descendamos a la ría de Aldán por Vilariño, ante unos paisajes y marinas colosales, porque, amables lectores, la pequeña ría de Aldán que sale a la ría de Pontevedra por entre las puntas de Couso y Beluso, es de las rías, de los lagos más soberanos, más maravillosos de Galicia. Allí todo es bonito, todo es ideal, desde sus playas dequeñas, a los poblados y a las casitas del campo, siempre blanqueadas, que se destacan en-



Ría de Vigo.-Cangas de Morrazo

Los nuevos valores literarios de Asturias

Traemos a estas columnas dos trabajos literarios de José María Malgor, uno de los valores de la nueva generación de escritores de Asturias. Su nombre al pie de centenares de artículos publicados en la prensa española y la americana, es de sobra conocido en su región natal. A los diecinueve años se licenciaba en Derecho en la gloriosa Universidad ovetense, y comenzó a colaborar en la prensa. Orador facilísimo, dió muchas conferencias en los centros culturales de Asturias.

Como secretario de la Sociedad "Amigos del Arte", es mentor y organizador meritorio de casi todas las exposiciones que se celebran en la región, estando su pluma siempre pronta a la glosa y exaltación de los nuevos artistas.

Como comediógrafo ha estrenado "Refranero", "¡Capitán... yo!", "Interdicto o pletín de aldea", en el teatro asturiano. Y "¿Demasiado tar de?", con la compañía de Vicente Soler-Asunción Montijano, que la estrenó en España. Tiene además otras varias comedias terminadas y varios libros en preparación.

Proposiciones tentadoras para trasladarse a Madrid, fueron rechazadas por este gran romántico y humorista, que no quiere salir de su torre de marfil de Avilés, donde es Juez Comarcal.

Por la facilidad irónica y emocional que expresan sus ideas, por su sólida formación universitaria y cultural y por la envidiable soltura de su estilo, marcha en cabeza de la nueva generación intelectual y literaria de Asturias.

Su sentimentalismo está plasmado en el Nocturno "Avilés bajo la luna". Su ironía sagaz en "La liebre de las ánimas", que publicamos en estas páginas.—PEDRO ROSAL.



JOSE MARIA MALGOR

LA LIEBRE DE LAS ANIMAS

La partida de tresillo en el Rectoral acababa. El aire estaba densificado por el humo de los farías, y las brevas fuertes de la Vuelta de Abajo del Americano. Si una sierra-cinta cortase el ambiente, produciría la misma "dentera" que si se cortase un grueso tronco de pino, resaco y resinoso. El modesto salón-despacho del señor cura de Nieva, acusaba pesadez y cansancio en sus visitantes. El cura bostezaba disimuladamente mientras contaba las fichas. El americano dejaba volar su fantasía tropical, y el boticario succionaba pastillas del doctor Andreu para evitar el malestar del relente nocturno. Solamente Xilimbra, pegajoso y lento, parecía no tener ganas de irse y tomaba mínimos sorbos de anisado...

El señor cura, levantándose, daba por terminada la diaria velada. Golpeando cordialmente en sus hombros al terrateniente campesino le dijo:

—Xilimbra, tienes que irte a la cama. Perdiste veinte reales, que con los setenta que me debes hace una cantidad respetable. ¡Si al menos la dejases en el cepillo de las ánimas!... Te lo tendríamos en cuenta en este mundo, y también en el otro...

Nuestro paisano lo miró socarrón e inquirió:

—¿Vale pagar en especie?...

El señor cura, maestro de psicologías y conocedor de almas, contestó mirándole por encima de los finos lentes de plata antigua:

—¿A las ánimas en especie?... No... No. En efectivo al cepillo que así se pueden hacer muchas obras de caridad...

Fueron saliendo. El boticario y el americano se enzarzaron en cuestiones de botánica y herborística. El dueño de la casa les llevó hasta la antojana.

—Van a dar las nueve de la noche. Y hay que acostarse. ¡Hasta mañana, amigos, y que Dios les bendiga!

Salieron. Unicamente Xilimbra, rezongón, estiró la despedida:

—Señor cura, al amanecer salgo de caza. Si puedo venderla le pago lo que le debo. Si no, le traigo una liebre para usted de regalo. El importe, en metálico, lo deja de su bolsillo en el cepillo de las ánimas. Así yo le hago un regalo. Usted lo paga. Entre los dos hacemos una obra de caridad. Y todos quedamos pagados y a juego. Y, además, voy a cazar una liebre para las ánimas. Ya verá. ¿Acepta?

—Acepto—dijo, irónico, el sacerdote—, porque sé que ni cazarás liebres, ni cumplirás nada de lo que dices. Pero confío en Dios, para atraer esa alma tuya tan "desustanciada", al camino de la seriedad, y tengo confianza en que por tus buenas acciones, puedas sacar un día un alma del purgatorio...

* * *

Madrugala. Entre noche y día. Un sol inocente apunta. Una neblina suave y amable difumina el dintorno. Los perfiles, perdidos en la noche, van adquiriendo forma aún imprecisa y borrosa. El sol es rosado. El monte, malva. Los pinos, negruzcos. Es esa hora pareja al estado entre vigilia y sueño de los humanos. La Naturaleza, dormida, comenzaba a despertar. Nada estaba ya dormido, ni tampoco enteramente despierto. Esa zona intermedia entre el polvo y las estrellas, en que uno no sabe si vive dormido o sueña despierto...

Por la vereda, Xilimbra cazador. Botas de cuero engrasado con cordones de distinto color. Pantalón de pana, remendado con generosidad. Sombrero de secretario de Ayuntamiento jubilado. Capa vieja de marqués tronado. La escopeta La Fouché, de doble cañón, y seis cartuchos de pólvora negra. Y un palo soberbio, garrotero y

(Continúa en la página 30)

AVILES, BAJO LA LUNA

Es de noche. El cielo es un enjambre de estrellas, y la Osa mayor juega a las cuatro esquinas. Júpiter ha pasado y dejó a Casiopea de árbitro en el lado opuesto. Harpócrates es el dueño del vacío. De su reino—el silencio absoluto—surge el dardo unifónico de una canción vernácula. Nadie sabrá nunca quién es el arquero noctámbulo que lanzó hacia Venus rutilante la flecha de su canción. De pronto, como en un fuego artificial, el solo musical ha subido potente, y ha descendido entre contrapuntos y calderones, a morir en un pianísimo. Después, el silencio pleno otra vez...

Junto a un porche de la antigua Galia, vacía de ruidos, un sauce efímero y plañidero acaricia el espacio de un hueco en piedra. Y sin saber cómo ni de dónde, súbitamente, una paloma poética y lejana de Gerardo Diego, ha venido a posarse sobre la hornacina—donde una Virgencita morena y marinera recibe de cada transeúnte la devoción popular—, y nos ha recitado queda:

Voy a romper la pluma. Ya no la necesito.

Lo que mi alma quiere, yo no lo sé decir.

Persigo la palabra, y sólo encuentro un grito roto, inarticulado, que nadie quiere oír...

La paloma gerardiana ha bajado hasta mi mano. La he besado porque dió forma, sin saberlo, a mi propio pensamiento. Luego levantó el vuelo ante la canción de una cigarra—¡qué raro, un canto de cigarra a estas horas! Sigo con la imaginación el verso—paloma imaginativa poética que se ha posado en mi cabeza, mientras escucho el canto de la cigarra de Carrere:

¡Nocturno de verano! Toda la noche canta
la fuente, la cigarra, el ruiseñor,
la luna, el sortilegio de los cielos encanta
esta bola del mundo podrida de dolor...

Bajamos en silencio mientras ella canta; nuestros pasos se repiten a sí mismos sobre un pentágono de cantos redondos clavados en tierra, sobre líneas paralelas.

Una casita, como aquellas de corcho que teníamos de niños en los "nacimientos de Navidad", parece que se arruga de calor, al principio de la calle de Alfonso VII. La portada románica de la iglesia parroquial de San Francisco, nos recoge amorosa bajo el manto de penumbras. En la campana de la iglesia, el "crucero" parece de marfil bajo la luna, y sobre el fondo verde. Un cóndor de Rubén Darío se ha posado en una de sus aspas y ha dicho:

Los que auscultáis el corazón de la noche,
los que por insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche lejano, en eco vago, un ligero ruido.

Todo esto viene en medio del silencio profundo en que la noche envuelve la terrena ilusión y siento como un hecho, el corazón del mundo que penetra y mueve mi propio corazón...

Continuemos nuestro paseo. Calle, la del Rivero. La casa de Elorza de Palacio Valdés, "era la primera de una calle larga y estrecha guarnecida por ambos lados de soportales como casi todas las de la villa de Nieva", nos retiene unos segundos bajo las arcadas señoriales del antiguo solar de los Llano Ponte, con su jardincito de aire conventual abandonado, mientras recordamos a Machado en sus "Adelfos":

(Continúa en la página 30)

¿HAY ORO EN PUENTEAREAS?

Siempre recuerdo con nostalgia la hermosa villa de Puenteareas, la simpatía acogedora de sus habitantes y su risueña y feraz campiña, bella entre las bellas.

No voy hablar ahora de las numerosas y olvidadas citanías que hallé en mis excursiones por la comarca, ni del templo prerromano que existió en el monte de Cristiñade, contiguo a la ermita de San Cipriano, cumbre rodeada de una imponente muralla circular, muy semejante a la del cercano monte Aloya, lugar éste en donde el profesor Adolfo Schulten, apoyado en Paulo Orosio, sitúa el Mons Medullius, último baluarte de la independencia de los celtas gallegos.

Acostumbrados a ver las grandes explotaciones auríferas romanas de las provincias del Noroeste, y en especial los trabajos realizados en los aluviones de los ríos de Lugo y León, despertaron pronto mi curiosidad, algunas obras análogas esparcidas por ambas orillas del río Tea. He aquí la síntesis de mis observaciones:

A.—En Bugarín y punto llamado Cobas, cercano a la presa de Pardellas, aparecen varios trincheros en un espacio aproximado de una hectárea.

B.—En Pardellas, a la derecha del camino vecinal que va a Padrones, en una extensión de 300 metros, hay grandes socavones y montículos que demuestran ha sido removido y saqueado el terreno.

C.—Abajo de la serrería de la Fox, y paraje nombrado Ribeira, existen varios escavoños y trincheros en un espacio de dos hectáreas.

D.—Abajo de la aceña de Piñeiro, y después de pasar el regato de Cristiñade, en el punto llamado Regueira do Uzal, hay un enorme socavón de más de 500 metros, en figura de ángulo, cuyos brazos van en dirección al río y tiene en algunos sitios 20 metros de anchura y 15 de profundidad; según cálculo moderado, se han extraído allí más de 100.000 metros cúbicos de tierra.

E.—En el lugar de Coto do Ouro-Alján, y



Puenteareas.—Paisaje de los alrededores

después de pasar el puente del Cordeiro se halla el terreno cercano al río saqueado y removido en la extensión de un kilómetro.

F.—En el lugar de Ramellás, Salvatierra, hay un profundo excavón de un cubaje de más de 30.000 metros.

G.—Y en la margen izquierda del Tea, cerca del puente de la Fillaboa, Salvatierra, hay grandes excavones y montículos en una superficie de más de 100 hectáreas, muy parecidas a las practicadas por los romanos cerca del río Sáa, en la Puebla del Brollón.

Es indudable que esos trabajos no fueron realizados con fines agrícolas. Tampoco es yerosímil que los minerales allí extraídos se formasen en el terreno por generación espontánea. La leyenda argiva nos habla de Zeos transformado en lluvia de oro para seducir a Danae; este procedimiento puede emplearlo un dios pagano o un don Juan libertino para engañar a una doncella; pero es insuficiente para explicar la presencia de oro, o de estaño, en los terrenos de aluvión.

El oro aparece, generalmente, en el cuarzo de las pizarras cristalinas, en el pórfido y en las traquitas; pero también se presenta en las pizarras alteradas y en los esquistos cloríticos, micacita, granito y serpentina, o asociado a otros metales, como las piritas.

El nombre de Coto do Ouro, dado a un lugar donde los trabajos realizados son más considerables, es indicador de importancia, para conocer la naturaleza del metal extraído en los aluviones del río Tea.

A propósito de la búsqueda del oro, dice el ingeniero italiano S. Bertolio: "Al registrar las arenas arrastradas por los ríos, conviene tener presente que si el lecho de uno que atraviesa una comarca llana, proporciona partículas muy finas de oro, suministrará, probablemente, partículas mayores, o granos, más cerca de los montes de donde procede el arroyo, y el hallazgo de granos de oro en éste puede sugerir la idea de encontrar pepitas más cerca de su nacimiento, porque el agua que ha arrastrado la materia aurífera, de los criaderos de la montaña, lo ha hecho siguiendo un plano inclinado, abandonando en su curso las partículas pesadas y arrastrando más lejos las más ligeras." "Es conveniente recordar que, cuando se presenta el oro en los terrenos de aluvión, existen probabilidades de que se encuentren en las elevaciones cercanas criaderos auríferos, y, por tanto, deben buscarse en las cercanías esos criaderos."

¿Dónde hallar los filones que enriquecieron las arenas del río Tea? En nuestra humilde opinión más arriba de Bugarín, punto donde comienzan los trabajos de extracción, y, tal vez, cerca de Padrones, en las estribaciones del Gallego.

Y ahora, ¡oh querido lector!, esperemos confiados en que muy pronto aparezca, navegando y majestuoso sobre las aguas del Tea, el buque de los Argonautas, en busca del Vello-cino de Oro.

Herminio TEIJEIRO,
Notario de Tenerife.

Septiembre, 1945.



EL CULTO DE LAS PIEDRAS Y LAS ROCAS OSCILANTES

Por FRANCISCO MAYAN FERNANDEZ
(De la Real Academia Gallega)

I

Antiquísimo es el culto de las piedras: el hombre ha sentido respeto y veneración hacia ellas desde las más remotas fechas y, como dice Bastián —*Materiaux, etc. tom. IV*— aun hoy “vestigios de él existen sobre todas las playas del antiguo y del nuevo mundo”.

La Numismática, los textos bíblicos y las costumbres de miles de pueblos están de acuerdo en punto al culto y veneración de las piedras que tanto despertó la atención del señor Brunet, a quien seguiremos en nuestra exposición.

Del tiempo de Caracalla es una moneda de Emesa (Siria) en la cual aparece grabada una piedra cónica en el sitio preferente de un templo. En otra moneda de los tiempos de Helio-gábalo está representada, sobre un carro, aquella piedra redonda, símbolo de Astarté, que se paseaba por las calles de Sidón recibiendo todo género de libaciones. Y una piedra, de forma arqueada, ostenta también una moneda del tiempo de Lucio Vero, encontrada en Perga.

Las Tablas de la Ley, custodiadas en el Arca Santa, eran de piedra. Una piedra levantaron Jacob y Labán para perpetuar su alianza. Josué puso una piedra a la sombra de una encina. Abraham erigió otra en su propio honor. Jacob llamó bethel, morada del Señor, a aquella roca sobre la cual consiguió conciliar el sueño. El templo de Salomón se alzó sobre la montaña Moria, donde existía precisamente un betilo, o piedra sagrada, que no fuera bañada por las aguas del diluvio. Según Jeremías, los cananeos rendían culto a Mahadeva en una piedra cilíndrica.

Una piedra sin labrar fué adorada por los fenicios, y bien conocida es la roca negra, que, ya antes de Mahoma, veneraban los árabes. Los tespios consideraban como un dios otra piedra; los beocios veían petrificado a su Hércules; los lapones tienen por sagrados a algunos peñascos; los etruscos velaban con cariño sus obeliscos. Los griegos respetaban ciertas piedras de forma cónica, asegurándonos el mismo Pausanias que desde muy antiguo tributaban culto a las piedras sin labrar, como si fueran estatuas de la divinidad. Una roca situada en la Argólida, frente al templo de Artemisa, era adorada por creerse había servido de asiento a los jueces que absolvieron a Orestes del asesinato de Clitemnestra, su madre. Helio-gábalo sacó del templo del Sol en Emesa (Siria) una piedra negra, que gozaba de gran reputación, la paseó triunfalmente, en un ca-

rrero, por las calles de Roma y, considerándola su dios favorito, mandó colocarla en un templo edificado sobre el monte Palatino. El rey Laoghair de Irlanda se postraba, en el siglo V, ante el pilar llamado Crom Cruah, que se sabe fué derribado por San Patricio.

La Iglesia atacó con severidad, a lo largo de la Edad Media, el tan difundido culto de las piedras: el Arzobispo de Cantorbery, Teodoro, lo condena en el siglo VII. El rey Edgardo, en el siglo X, y Canuto, en el XI, lo incluyen entre los actos paganos que prohíben en sus estados. El Concilio de Tours, 567, y otro celebrado en Nantes, en el siglo VII, hablan también del mismo culto en términos conminatorios. Carlomagno, en una de sus famosas capitulares, y el Concilio de Leptina, celebrado en 743, repiten las mismas prohibiciones que todavía resuenan en los Concilios de Arlés, de Tours, en el Capítulo de Aquisgrán del año 789 y en los Concilios de Toledo de 681 y 692.

No lejos del lago Baikal se encuentra un gran peñasco que los naturales del país dieron en considerar como morada predilecta del genio del mal. En la India, los Asagas de Mysora ven en una tosca piedra de Bhuma Devam, extendiéndose este culto desde Berar hasta el extremo oriental de Bustar; en la parte meridional del país, las castas bakadara y betadara de Tulava, guardan en sus casas una piedra que representa al dios Buta, abundando por todos los campos del Sur piedras en fila que consideran como guardianes de la propiedad o como símbolo de Khond, dios de los pueblos, en algunas de las cuales aparecen dibujos en rojo, color sagrado en Nueva Zelanda, donde cualquier cosa pasa a ser tabú si se pinta de este color. En la cima del Marang, Boroó, y sobre una amplia losa, ofrecen sacrificios en el Indostán Central, los Sonthals.

Los irlandeses adoraron una piedra llamada Kermend Kelstach, en Glogher, y parece ser que una sacerdotisa tenía a su cuidado, en lugares agreste, otra de forma cilíndrica conocida por el ídolo Neevonger. Los campesinos del Jura acostumbraban a realizar danzas en torno a una roca sagrada. Con relación a las Hébridas, se habló de ciertos oráculos de una enorme piedra de color negro, y en la isla de Skye hasta libaciones de leche se practicaron sobre distintas piedras consagradas a Gruagach y Apolo.

En una aldea de Nepal vió Caillié cierta piedra de la cual se creía que avisaba los peli-

gros que acechaban a los naturales del país dando tres vueltas alrededor del núcleo habitado: se le ofrendaba, por cuantos pasaban cerca de ella, una hebra del lienzo de que estaba formado el vestido que llevaba cada uno. Los abisinios, según Bruce, adoran también una piedra. Tepapa, uno de los dioses de gran veneración en Tahití, es otra piedra. No lejos de Vuna en las islas Viti, hay ciertas piedras tenidas por sagradas. Cercanas a Neloá y a Thokova se ven, en un arrecife, otras rocas de esta clase. En Na Viti Levu, conocida por Lovekeveka, se supone vive una diosa en lo que no es más que una gran piedra negra. O-Rewau habita, según los indígenas, otra piedra. La madre de Ndengei reposa, en forma de dos escollos, en la profundidad de un foso y en la parte Sur de Vauna Levu también dos piedras representan los dioses de otros dos pueblos belicosos entre sí.

Si hemos de creer a Olao Magno era costumbre en Suecia e Irlanda, que los reyes ciñesen la corona sobre ciertas rocas. Eduardo I llevó a Inglaterra la piedra sobre que se coronaron los postreros reyes de Irlanda, utilizándola posteriormente, en las coronaciones, como base o pedestal del trono.

Salomón hacía objeto de sus burlas a los que, siguiendo una tradición inmemorial, arrojaban piedras en las tumbas, originado un mon-tecillo artificial, como los que hoy llamamos cairn, costumbre aún muy extendida entre los árabes y judíos. Shakespeare, en su famoso *Hamlet*, repite lo de arrojar piedras al sepulcro del suicida.

Dulaure, en su *Historia de los cultos*, recuerda que, en las famosas peregrinaciones medievales, era habitual ir depositando piedras en aquel sitio o lugar desde el cual se divisaba el santuario objeto de veneración, y don Manuel Murguía, en su *Historia de Galicia*, señala concretamente el caso de los peregrinos de Santiago.

En muchos sitios, pero principalmente en Portugal e Irlanda, es muy corriente echar piedras o guijarros junto a las cruces levantadas en los caminos para indicar muertes ocurridas por desgracia o accidentes.

Aun hoy son objeto de veneración, en Jerusalén, las piedras en que reposaron el Señor y la Santísima Virgen; el pilar de la flagelación, la piedra de lephas Petra, las tres de la capilla armenia, el pilar de Absalón, la piedra de Job, la de Nazaret, y la de la unción.

II

Habiéndonos ocupado ya, con toda la extensión que el asunto requiere, del culto que en distintas épocas y lugares ha venido y viene tributándose a las piedras, podemos pasar al estudio particular de una clase muy curiosa de rocas, conocidas por el nombre de vacilantes, trémulas u oscilatorias.

Estas piedras, que tanto han llamado y llaman la atención de las gentes ingenuas, no son más que una gran losa colocada sobre otra u otras en tal posición de equilibrio que, con poco esfuerzo que sobre ella se haga, llega a conseguirse hacerla oscilar. Tienen, pues, un punto de apoyo, alrededor del cual unas giran y otras balancean. Es muy de advertir que la piedra superior está siempre equilibrada de tal modo que si bien basta un pequeño esfuerzo para hacerla oscilar, sería preciso gran fuerza para conseguir que perdiera el equilibrio o saliera de su lugar.

Mucho se ha discutido sobre el origen y la finalidad de estas rocas: la opinión más generalmente admitida es tal vez la de Sir James Fergusson, quien, en su obra *Les monuments mégalithiques*, París, 1878, página 364, atribuye a causas puramente naturales la existencia de piedras bamboleantes, asegurando que "de su hecho no se sigue fueran colocadas a propósito en tales posiciones con intento, ni que hayan sido utilizadas con una finalidad religiosa". No obstante, afirma que la llamada *Pierre Martine*, existente cerca de Livernon, en el departamento del Lot, parece mejor que cualquier otra haber sido equilibrada artificialmente.

Según Mr. Lenormant, las piedras móviles u oscilatorias, fueron consideradas, en algún tiempo, como la habitación o morada de Dios, sirviéndose las gentes también de ellas en divinaciones y pruebas. Otros creyeron haber sido utilizadas para averiguar la culpabilidad de los acusados, que se considerarían convictos cuando no eran capaces de moverlas. Mr. Baudoin Marson Blanche, t. III de las *Memoires de la Academia Celta*, sospecha que pudieran servir para revelar la fidelidad de las mujeres, deduciendo su, un tanto atrevida hipótesis, del hecho de ser conocida una roca de esta clase, la de Yaudet, por el nombre de *Roca de las Virgenes y Piedra para los C.* A nuestro docto historiador don Manuel Murguía parece haberle satisfecho esta última interpretación, puesto que en Bretaña las denominan *daugam*, palabra que significa dos engendros y resulta tan injuriosa como la primera, citando el caso concreto de que tal vez en un principio se conoció también la de la Barca, en Galicia, con el nombre de *Piedra de la Virgen*, como aun hoy la llaman muchos, y que del doble sentido de esta palabra nació, en los tiempos medios, la leyenda religiosa que vive unida a dicha piedra vacilante. No falta aún quien afirme que fueron tenidas por monumentos religiosos que con sus movimientos, manifestaban los secretos de los oráculos, o con las cuales los sacerdotes, haciéndolos oscilar a su voluntad, excitaban sentimientos de terror y respeto. Pero... acaso los escritores de todos los tiempos se hayan dejado llevar demasiado por su imaginación y el único sensato haya sido James Fergusson cuando serenamente escribió: "No existe, creemos, ningún pasaje de un libro antiguo o de la Edad Media que mencione para que se usaban esas piedras; y nadie puede decir como ellas devolvían los oráculos. Todo movimiento que se les imprima tiene por resultado una oscilación, pero una oscilación perfectamente regular y siempre proporcionada a la fuerza que la determina: la respuesta debía ser, pues, siempre la misma para todos. Un hecho, más importante aún, es el de que en ninguna parte hoy el pueblo las consulta; en ninguna fiesta los paisanos hacen revivir sus antiguas supersticiones para averiguar el porvenir, ni se hace llamamiento a esas rocas; y parece imponerse concebir que, cuando tantas otras supersticiones han sobrevivido, sea esta la única que haya desaparecido y desaparezca en presencia de aquellas mismas piedras que eran el instrumento."

En Europa existen rocas oscilantes en Inglaterra, Francia y España: los ingleses las llaman *rocking stone* y entre las que puedan existir en su país y aun no hayan sido descu-

biertas conocemos la llamada *Great-upon litle* (grande sobre pequeña) existente en el condado de Suxex, que, según T. Pownall, pesa un millón de libras; y la conocida por *Maen Chwyf* en el valle de Taff, en Glamorganshire, de más de doscientos cincuenta pies cúbicos.

En Francia se conocen por *pierres bramlants*. La llamada *Pierre Bramlante de Huelgoat*, en la Bretaña, parece resto de un semidolmen primitivo, que oscila sobre uno de sus soportes. La *Pierre-Martine*, cerca de Livernon en el departamento del Lot, mide seis metros con sesenta centímetros de largo, por tres treinta ancho y cuarenta centímetros de espesor; descansa sólo en dos puntos y cualquier presión basta para imprimir un movimiento de oscilación que dura algunos momentos. Otras también muy notables son: la de *Fernville*, en el partido de Cherburgo, de un volumen superior a los cien pies cúbicos; la de *Livernon*, en el Quercy; la de *Saint-Estève*, en la Guyenne; la de *Uchon*, cerca de Autun; y la de *Perros-Guyrech*.

En ESPAÑA son varias las zonas en que existen piedras oscilantes. Procuraremos enumerarlas ordenadamente:

a) ZONA SANTANDERINA.—En la Sierra de Sejos, provincia de Santander, en el camino de Reinosa a Liébana, hay dos rocas conocidas por el nombre de piedras, grande y chica, de la Boariza. La mayor de ellas está formada por una aglomeración de guijarros gruesos y menudos y se apoya sobre otra losa de las que allí llaman *piedra de concha*. La más pequeña, situada a unos cien pasos de la primera, mide unos once pies de largo, por cinco de ancho y tres y medio de grueso, llegando a pesar más de ochocientos arrobas.

b) ZONA DE CACERES.—Cerca de Montánchez, en la provincia de Cáceres, y en un pico de la Cordillera Oretana, se encuentra el *Cancho* que se menea.

c) ZONA CORDOBENSE.—Donde al oeste de Luque (partido judicial de Baeza) está un trilito y piedra giratoria del que ya se ocupó Góngora y Martínez en sus *"Antigüedades prehistóricas de Andalucía"*, Madrid, 1868, ofreciendo a sus lectores un croquis de don Rafael Calvo de León.

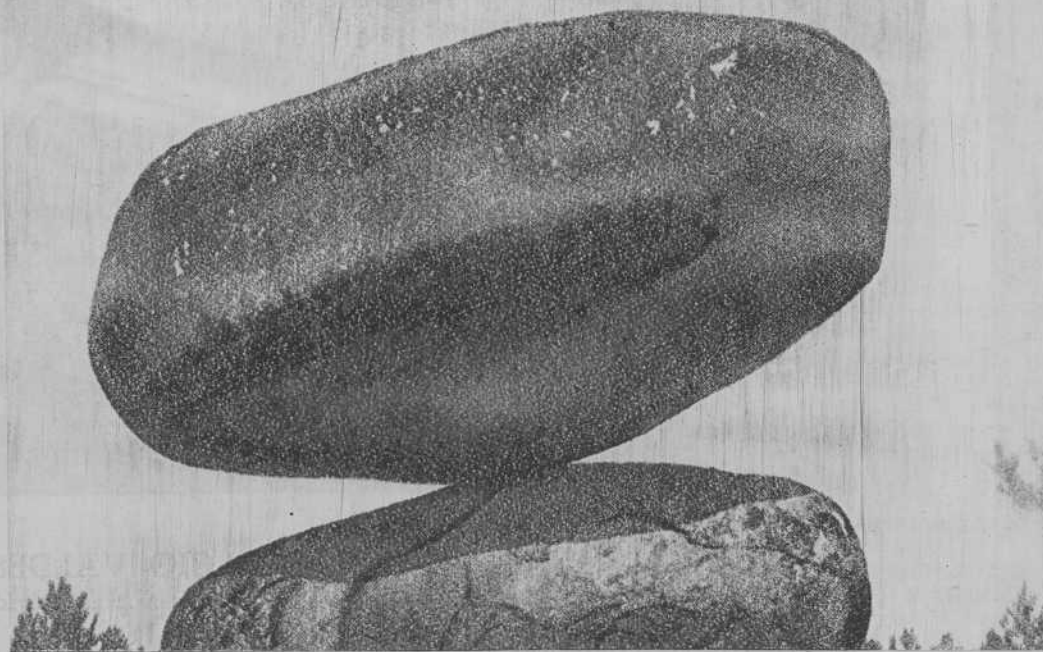
d) ZONA CATALANA.—En uno de los montes que rodean la *Plana Basarga* (Gerona) hay un monolito bamboleante que mide de ocho a diez metros de longitud y descansa, sólo en un punto, sobre otra peña, siendo muy fácil a cualquiera hacerla mover. El señor Mortorell, en sus *Apuntes Arqueológicos*, que fueron, como se sabe, ordenados por Salvador Sempere

y Miquel, Barcelona, 1879, opina que "el monolito ha sido desprendido de la peña viva por alguno de esos sacudimientos del terreno que tantas fisuras producen en las crestas de los montes, y mucho más, como en aquel sitio, los filones de creta que tanto abundan en el granito de nuestro país".

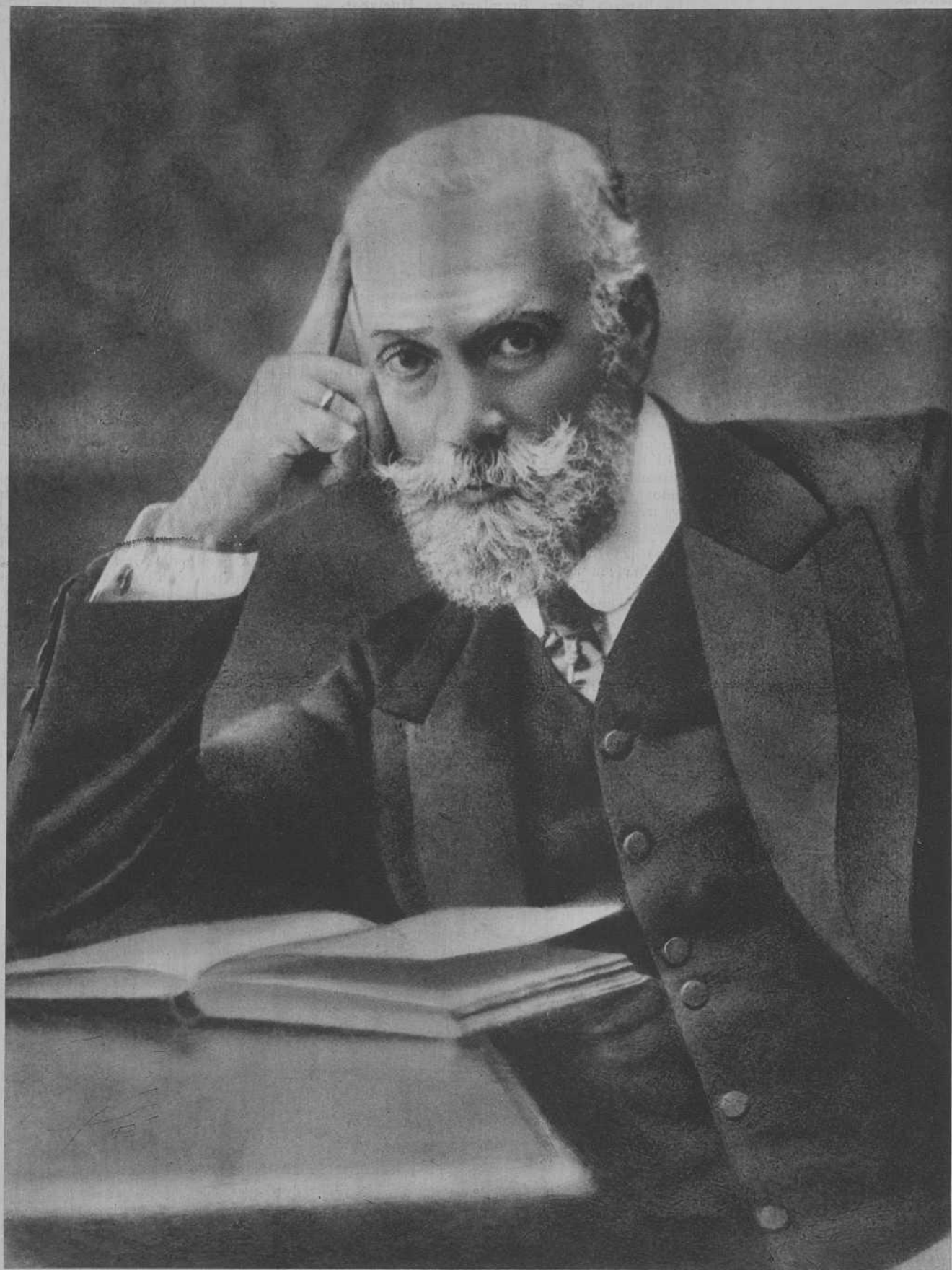
e) LA ZONA GALLEGA.—Para nosotros acaso la más importante de todas, ofrece muy especial interés. El señor Villa-Amil y Castro, en sus *"Antigüedades prehistóricas y célticas de Galicia"*, Lugo 1873, cree debía ser piedra de la clase de las que estamos estudiando aquella "petra superposita" nombrada entre los linderos de la iglesia de Mararia, donada por Ordoño II en 922 a la de Mondoñedo. En Galicia se las llama "pedras d'embade, moventes, abaladoiras y cabaladas o cabaleiradas", pudiendo citarse, entre las ya conocidas, la de "Meixide", partido del Bollo; la de "Corbelle", en Castro Mayor (Vivero); la de "Paradela", en Cambados; la de "Pereiro" (Castro de Cro), roca de granito de unos cuatro metros de alto por cinco de largo y cuatro escasos de ancho, que pesa más de dos mil kilos y tiene en su parte superior varias concavidades con canal de desagüe. En la más boreal de las islas Cíes se asegura, en una carta existente en la Academia de la Historia, haber también una piedra oscilante, pero ya don Manuel Murguía no fué capaz de hallarla cuando, en el verano de 1856, visitó aquellas islas con intención de verla. En Carnota, cerca del Pindo, se conservaba en perfecto equilibrio un enorme bloque que, según el citado Murguía, fué quitado de su sitio por los habitantes de aquella comarca, quienes tenían pudfiera desprenderse algún día y ocasionar desgracias. Pero la más famosa de todas es indudablemente la llamada "de la Barca", en Mugia, espléndida masa de granito de unos ocho metros con setenta centímetros de largo y seis setenta de ancho en su cabecera, con una altura o espesor de treinta centímetros, sobre la que, aun hoy, el día de la fiesta de la Virgen, danzan los romeros imprimiéndole un movimiento de vaivén que se deja oír a lo lejos, precisamente cuando estallan los cohetes y cantan las mujeres al son de gaitas y tambores. Como dijo Rosalía:

Estonces a pedra vala
Tan alegre e tan contenta,
Q'anqu'un cento de persoas
Brica e salta enriba d'ela
Como si fose mociña.
Mais qu'unha pruma lixeira,
Alegre com'unhas pascuas
Salta e rebrinca co'elas.

(Especial para FINISTERRE.)



PUENTEAREAS.—Los peñascos oscilantes.



D. ARMANDO PALACIO VALDES

insigne novelista asturiano, autor de tantas obras inolvidables

LA VIUDA DE PALACIO VALDÉS

—No; fotografías, no, por favor.

Doña María Manuela Vela Gil, viuda de don Armando Palacio Valdés, ha visto entrar, detrás de nosotros, al ayudante de Portillo, con los bártulos de retratar al hombre, y hace como un amago de rechazarnos. Debemos de habernos quedado un poco perplejos, porque se apresura a añadir, sonriente y amabilísima:

—Con mucho gusto contestaré a todas sus preguntas; pero, compréndalo, yo nada significativo, ni soy nada, ni...

—Permítame que le diga—interrumpo a la distinguida dama—que, aparte de lo que supone en otro orden, que no es del caso encarar ahora, es usted, precisamente, y no otra persona, lo que interesa a nuestro propósito informativo: la viuda de don Armando Palacio Valdés. Es a usted a quien deseaba ver y con quien deseaba charlar.

—Pues aquí me tiene usted; pero insisto en que mi retrato no le interesa lo más mínimo a los lectores de su Revista.

—¿Por qué?

—Porque soy demasiado vieja y los viejos no valemos para nada.

—Decía un humorista, con ribetes de filósofo, de mi tierra gallega, que "los viejos valen más que los jóvenes que no pueden llegar a viejos". Por lo demás, no es verdad que sea usted demasiado vieja. Le confieso ingenuamente, doña María Manuela, que me la imaginaba a usted de mucha más edad, a juzgar por don Armando.

—Don Armando—contesta la viuda del insigne novelista—era muchos años mayor que yo.

—Usted no es asturiana, ¿verdad?

—No, señor. Andaluza, de Cádiz.

—¿Cómo conoció a don Armando?

—Por mediación de un tío mío, muy amigo de don Armando. Don Armando se hallaba pasando unos días en Cádiz, y en una pequeña fiesta dada en su honor en casa de mi tío me fué presentado. Tres meses después nos casamos.

(La viuda de Palacio Valdés llama "Don" Armando a su marido, como un lector cualquiera del gran novelista. También la viuda y los hijos de Valle Inclán dicen "Don Ramón" al referirse al genial escritor gallego.

En rigor, esta costumbre está muy generalizada entre los familiares de los hombres ilustres.)

—¿Era ya famoso su marido?

—Sí. Había escrito ya gran parte de sus novelas. No se trataba de ningún muchacho: era viudo y rondaba los cuarenta años. O tal vez los había cumplido ya.

—¿Y usted?

—Yo tenía dieciséis. Podía ser su hija. Desde luego—añade sonriendo—he preferido ser su esposa.

Doña María Manuela Vela Gil es tan sencilla y acogedora, que a los pocos momentos tengo la impresión de que me une a ella una amistad antigua y asiduamente cultivada.

La saleta donde nos hallamos charlando es un a modo de pequeño museo de recuerdos del bien nombrado "Patriarca de las letras españolas": bustos, fotografías, cuadros, diplomas, pergaminos... Y libros, libros por doquier: unos, hijos del ingenio del novelista, diferentes de presentación según el editor; otros, de diversos autores, acotadas sus páginas abundantemente de puño y letra de Palacio Valdés. Sobre una repisa descansa un libro, primorosamente encuadrado. Breve y bello, lo reten-

go en las manos sin atreverme a hojearlo, como una joya frágil que pudiera quebrarse fácilmente. Es una novela de don Armando; y antes de restituir el tomo a su sitio, doña María Manuela me da a leer la dedicatoria, estampada en la primera página: con su letra menuda, fina y clara, don Armando rinde a su esposa la más delicada ofrenda, en la que alienta, apasionadamente, todo el amor y ternura que por ella sentía. Un enamorado veinteañero no se hubiera expresado más ardorosamente.

—Parece que don Armando recuerda en estas palabras—le digo a mi interlocutora—alguna fecha o circunstancia para ustedes muy querida.

—Así es, efectivamente—contesta.

—¿Cuál?—pregunto, indiscreto.

—¡Ah! Es un secreto. —Y doña María Manuela sonríe evocadora, con una lejana alegría infantil brillándole en los ojos.

—¿Qué novela de su marido le gusta a usted más?

—"Tristán o El Pesimismo".

—¿Escribía don Armando con facilidad?

—Sí. Era verdaderamente raro hallar una tachadura en sus cuartillas. Como, además, tenía una letra tan legible, como usted acaba de ver,



La viuda de Palacio Valdés charlando con el autor de esta información



La mesita donde trabajaba don Armando.

los originales de sus novelas eran recibidos en la imprenta con sinceras muestras de agrado. "Da gusto trabajar para usted, don Armando", solían decirle en el taller los tipógrafos cuando iba a visitarles.

—Y en las galeradas, ¿tampoco hacía correcciones?

—Únicamente las de las erratas cometidas por los cajistas.

—¿Escribía todos los días?

—No, señor. Se pasaba largas temporadas sin tomar la pluma en la mano, principalmente después de la publicación de un libro. Pero esto no quiere decir que se quedase ocioso: leía mucho, hacía anotaciones, consultaba libros... En fin, preparaba con calma su labor futura.

—Dígame cómo distribuía las horas del día don Armando.

—Se levantaba muy temprano. Desayunaba y salía a pasear, casi siempre por el Retiro. Durante su paseo, según él decía, perfilaba el capítulo que traía entre manos, escribiéndolo en la memoria casi palabra por palabra. Al volver a casa se sentaba a su mesa de trabajo y llenaba de un tirón, sin vacilar y sin enmiendas, como ya le dije antes, varias cuartillas. Después de comer, dormía un rato. Por la tarde hacía tertulia con los amigos que venían a visitarle o, en caso contrario, escribía otro poco.

—¿Tenía algún vicio o hábito arraigado?

—No. En general, era sobrio y sencillo. Y muy ordenado y metódico... Como vicio, y le llamo así por lo imposible que le era prescindir de él, podría citar su afición al chocolate. Antes dejaría la tierra de dar vueltas que pri-

varse don Armando de su chocolate. Esta verdadera manía nos causó más de un disgusto durante la guerra, pues no había chocolate ni pagándolo a peso de oro. De vez en cuando conseguíamos alguno, pero de calidad tan pésima que sólo tenía de chocolate el nombre. Sin embargo, don Armando lo tomaba; su afición venía a la repugnancia.

—A propósito, ¿qué tal lo pasaron ustedes en la guerra?

—Apenas fuimos molestados. En la etapa de los registros domiciliarios, recibimos, como tantos otros, la visita de varios hombres armados. Por suerte, uno de ellos conocía de vista a don don Armando y había leído alguna de sus novelas. Al verle, exclamó: "¡Pero si este "compañero" es Palacio Valdés, ese novelista que escribe libros tan bonitos!" Le estrechó, lleno de orgullo, la mano a don Armando, que se hallaba enfermo y lleno de inquietud hundido en una butaca, asegurándonos que no pasáramos cuidado, pues nadie nos molestaría en absoluto. Y no mintió, gracias a Dios.

—¿Dice usted que don Armando se hallaba enfermo?

—Sí, señor. De la enfermedad de que murió pocos meses después. Fué enterrado, provisionalmente, en el panteón de una familia amiga nuestra; pero próximamente, por iniciativa del Ayuntamiento de Avilés, serán trasladados sus restos, para recibir allí sepultura definitiva, al cementerio de aquella villa asturiana.

—¿Es que don Armando era de Avilés?

—No; era de Entralgo, una aldea de Pola de Laviana; pero él se consideraba natural de Avilés, en donde pasábamos grandes temporadas y en donde situó la acción de muchas de sus novelas.

—¿Solía escribir de noche su marido?

—Nunca. Y es que don Armando no se hallaba a gusto sino al aire libre o inundada de luz natural la habitación. Trabajaba siempre con el ventanal completamente abierto; de otro modo le parecía que se ahogaba. En el ver-

no, claro está, todas las ventanas de la casa había que tenerlas permanentemente abiertas. A veces, antes de acostarse, se ponía a pasear en pijama por la habitación y yo le avisaba: "Armando, por Dios, cierra esa ventana que te pueden ver desde enfrente." Y él me contestaba: "Pues que no miren; yo tampoco les miro a ellos."

Reímos la salida.

—Cuando su enfermedad se agravó seriamente—prosigue doña María Manuela—el doctor Vital Aza aconsejó su inmediato traslado al Sanatorio. Don Armando se negó rotundamente: no quería abandonar la casa de ningún modo. Fueron inútiles cuantas insinuaciones se le hicieron en el sentido de que estaría mejor atendido, puesto que su enfermedad exigía un tratamiento especial. Sólo cuando el doctor Vital Aza, que conocía su afán de aire y de sol, le aseguró que pondría su cama en pleno jardín, accedió a nuestros deseos.

Mientras tanto, Portillo ha preparado su máquina, ha abierto de par en par las ventanas para que entrase la luz de la calle y nos ha enfocado, al fin, ante la sonrisa condescendiente de doña María Manuela. Como somos ya grandes amigos, ella se deja convencer y Portillo se sale con la suya.

—¿Era en este despacho donde trabajaba don Armando?

—No. Lo hacía en una mesita pequeña que estaba y está en nuestro cuarto. Vengan ustedes a verla; de paso les enseñaré la casa.

Seguimos, pasillo adelante, a doña María Manuela, y entramos en la amplia habitación matrimonial. Enfrente del ventanal hay una mesita sumamente modesta sobre la que don Armando escribió tantas novelas admirables.

Portillo hace allí otra fotografía. En tanto se disipa el humo del magnesio, doña María Manuela, con exquisita amabilidad, nos hace los honores de la casa. Luego, nos invita a tomar unas pastas y licores. Y al despedirnos nos regala varias obras del glorioso novelista.—C.

Han entrado a formar parte de la Redacción de FINISTERRE varios prestigiosos escritores y periodistas gallegos, residentes en Madrid, con la eficaz ayuda de los cuales elevaremos nuestra Revista a la altura que Galicia reclama; otras ilustres firmas gallegas honrarán, así mismo, las páginas de FINISTERRE. De esta colaboración, que comenzará en el próximo número, esperamos los más fecundos frutos.

Hemos visitado en el Salón Cano la Exposición de paisajes del pintor ferrolano Imeldo Corral.

Por ser de un ilustre paisajista y de motivos exclusivamente gallegos, ya tenía para nosotros el mayor interés informativo.

Estos cuadros, que suman 25, atesoran diversas facetas de la luz de Galicia, esa luz que, a veces, tiene un inefable matiz, ora amarillento, como un atardecer en la ría; ora verde, verde oscuro, evocador de sombra de árboles charolados por la lluvia, y ya secos por un sol dulce y acariciante. El sol gallego lo sabe llevar a maravilla Imeldo al lienzo, prendido en los reflejos de su pincel, y lo inunda de luz vivísima o suavemente matizada, como en el cuadro número 11, "A praia de Pantín", donde la arena de la playa está velada por la graduada claridad del sol.

El número 3, "Ceo da tarde" (los títulos están en gallego, como el espíritu del pintor), es de perfecta factura, y en él consigue combinar lo luminoso con la serenidad íntima, esencial, del paisaje en la hora emotiva que lo representa.

En el número 5, "Ven o neboeiro", el verde lo estiliza y lo gradúa en matices, hasta retenerlo en ese precioso instante en que Febo lo ilumina, despidiéndose del día.

En el "A praia e o mar", la traza es magnífica, sin vacilaciones, y los colores primordiales se mezclan, y dan la impresión de sus infinitos reflejos, perceptibles para ojos profanos, si el alma no es muda. Más que verlos, se presienten.

Todos los demás cuadros son dignos de ser admirados, y llenos de espíritu evocador. Véanse algunos títulos: "Marea baixa", "As casas da carballeira", "Montes da ermida", "Penas amarelas", "Rayolas en Santalla", "Se vay a tronada".

Para nuestro gusto, el cuadro más delicioso, el que más nos deleita es el señalado con el número 15: de tamaño reducido, es acaso el más subjetivo y melancólico; ante él se siente la nostalgia, vivida o soñada, del paisaje que presenta, cuyo fondo de lejanía está perfectamente realizado. En primer término, solo, único, fino y esbelto, graciosamente ladeadas sus escasas ramas, dando impresión de pena, por hallarse desierto y abandonado en medio del bello paisaje, destácase el Pino, un gentil pino, que encierra toda una lección pictórica y, bajo el cielo gallego, fluye con savia poética. El título del cuadro es tan literario como su plasticidad: "O pino triste".

El visitante sale encantado de la Exposición. Los paisajes de Galicia son muy bellos, y este pintor, tan amante de su tierra, los estetiza con su pincel.

Al salir nos encontramos con el maestro: enjuto, vestido de negro, con romántica chalina. Le felicitamos. Sus ojos, que reúnen tantos colores gallegos, nos sonríen más que su boca. Discreto y modesto, elude hablar de sí, y explica los detalles del alumbrado del salón para la mejor visión de sus obras.

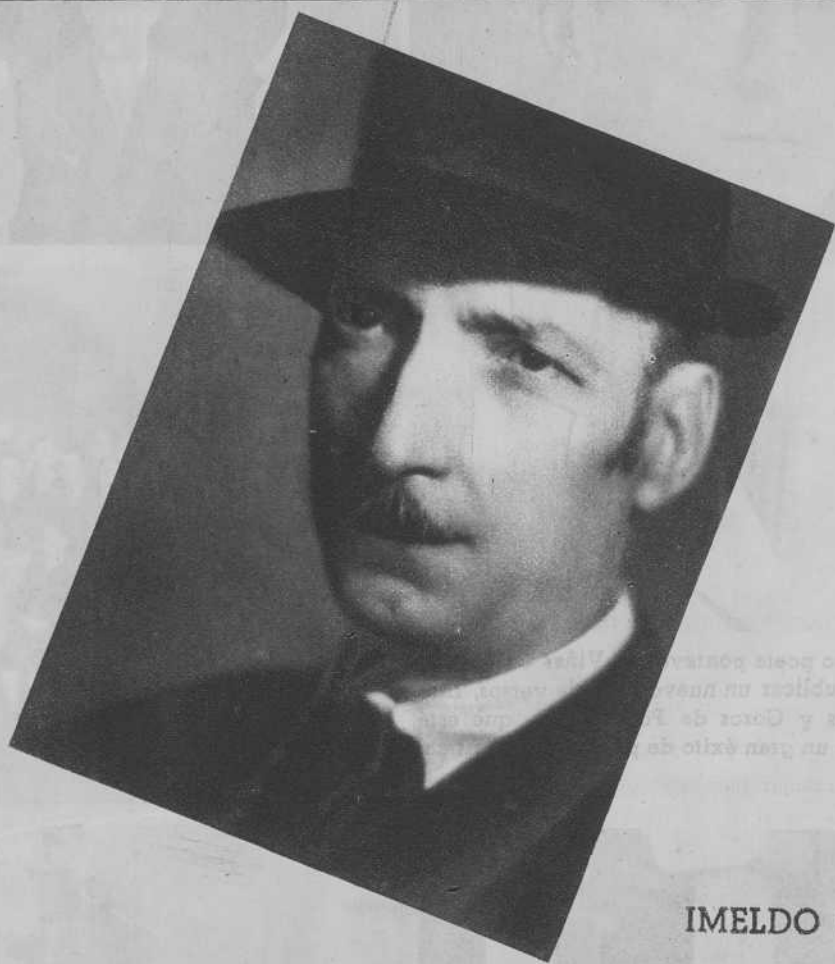
Ya en la calle, los focos de los autos nos hieren en la retina, como si quisieran arrebatarnos la gama de coloridos que nos dejaron estos cuadros de purísimo espíritu galaico.

Madrid, octubre, 1945.

MANUEL BEJARANO

ARTISTAS GALLEGOS

La exposición Imeldo Corral



IMELDO CORRAL



«Marina», obra de Imeldo Corral.



El magnífico poeta pontevedrés Vifas Calvo, que acaba de publicar un nuevo libro de versos, titulado «Galas y Gozos de Pontevedra», que está obteniendo un gran éxito de público y de crítica.



La Directiva de la «Casa de Galicia» de Oviedo.

Concurrentes al baile celebrado en la «Casa de Galicia».



Inauguración de la nueva Plaza de Abastos de Santiago.

Arriba.—El Obispo Auxiliar, con las autoridades en el acto de la bendición.

Abajo.—El público visita la nueva plaza.
(Fotos Arturo.)





SANTIAGO.—Acto inaugural del Curso, celebrado en la Universidad. (Fotos Arturo.)



SANTIAGO.—El Alcalde y su esposa, acompañados del Presidente del Club Santiago y demás directivos, en la inauguración del nuevo campo de deportes, del que ha sido madrina dicha señora.—La hija del alcalde haciendo el saque de honor en el partido inicial. (Fotos Arturo.)



PONTEVEDRA.—Un momento del partido Betanzos - Pontevedra, en el que resultó vencedor el equipo local por 3 a 0



Nuestro distinguido paisano Don Amancio Portabales Pichel, que acaba de publicar su anunciada obra «Los verdaderos artífices de El Escorial», considerada como la más sensacional de nuestros días

La liebre de las ánimas

(Viene de la página 20)

valiente, por si fallan las artes de cetrería con pólvora, recordar a brazo bien movido, los procedimientos cinegéticos del período paleolítico...

A su vera, una perra "setter" blanca y negra. Rabicorta. Pernilarga. Con aletas olfativas ampliamente dilatadas por el corretear montañoso y el ansia cazadora, hace caligrafía corporal sobre el paisaje indiferente.

Luego, nada. La vereda. El bosque. La loma. La esperanza del cazador y la legítima defensa de la presunta pieza. Amanecía. Xilimbra se sentó en un árbol, recién cortado, como si fuera una silla y pensaba:

—Si cazo dos. Una para las ánimas. Y la otra la vendo, para pagar la deuda al señor cura...

La perra cesó súbitamente de caracolear y al "pararse" suspendió el monólogo del hombre. Se clava en tierra. Quieta. Parada. Y mirando al cazador como diciéndole:

—Soy más que tú. Siento la caza. La adivino. Casi la "veo" ya. Y tú todavía no te has dado cuenta, y eres el rey de la creación. Pero tú eres un hombre y yo un animal y he de ayudarte. —Xilimbra había montado la escopeta y oteaba matas y rastrojeras; la perra parecía terminar su discurso—. No apuntes todavía, que aún no la veo yo. Ya la matarás cuando la veas, porque para eso eres un hombre. Yo no soy nada más que un animal de nuestro Señor...

Y, súbitamente, dos liebres que vienen dulcemente una al lado de la otra en busca del habitual desayuno. Ellas también se paran. Su instinto acusa peligro máximo. El cazador apunta, mira al cielo y piensa todavía:

—Lo dicho. Si cazo dos, ¡una para las ánimas!

Apunta. Titubea. No sabe a cuál tirar. Hay que decidirse. Es cuestión de un segundo. El gatillo se oprime. ¡Zas! Una ha caído. ¡Zas! Segundo tiro. La hembra, temerosa, ha huído entre los zarzales. De nuevo en libertad para llorar al amado caído...

Ante el fracaso del segundo tiro, Xilimbra masculla frases raras, mientras recoge, orgulloso, la pieza cobrada del macho muerto, aún tibio y con los ojos bien abiertos, como no queriendo cerrarlos ni en la muerte, para conservar en la retina la imagen de la compañera dolorida y libre.

Mientras guarda la pieza en su morral, dícese a sí mismo:

—¡Quería cazar dos! Una para las ánimas y otra para mí. Y no cayó más que una... ¡Te fijaste bien, Xilimbra, qué ligera era y cómo corría la liebre de las ánimas?

José María MALGOR.

La respalda la montaña maternal y eterna. La besa el mar. Y para su sueño tranquilo de bellezas y ansias estéticas, en el cielo hacen guardia rutilante las estrellas...

José M.^a MALGOR

Avilés, bajo la luna

(Viene de la página 20)

¡Mi voluntad se ha muerto una noche de luna en que era muy hermoso no pensar ni querer!

¡Mi ideal es tenderme sin ilusión ninguna, de cuando en cuando, un beso, y un nombre de mujer.

Calle de la Herrería abajo. El palacio de don Pedro el Cruel. El solar de los Suárez Inclán, de bella armonía arquitectónica. Y esas casas nuevas de sabor antiguo, inspiradas en el palacio de la Se-fioria florentina, traen todo un romance en piedra de nostalgia y amores, sentimientos y emociones...

La ría. Pesqueros dormidos fraternalmente apoyados los unos en los otros. Buques de alto porte, como poderosos somnolientos en digestiones pesadas, sombrean la rampa, donde insignificante, olvidada paría del mar, una chalana rota, partida en dos, nos da su inmensa pesadumbre. Y Lope de Vega, que llega a consolar nuestra tristura:

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas, desvelada
y entre las olas rota...

Retornamos. Todo está dormido. Una raya blanca apenas perceptible, apunta ya el comenzar del día. Suena un ligero trotar. Un asno como el de cristal de Juan Ramón Jiménez, y sobre él una moza temprana y campesina con las latas lecheras y a la cual el marqués de Santillana se complacería en declamar sus gentiles seranilla:

"Moza tan fermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa."

La noche se despena. Comienza a despertar mimosa, y sale con gesto agrio el varón del día. Circulan ya las primeras gentes de azul mahón para el laborar diario. Pasan también noctámbulos de etiqueta, que han cambiado el horario cotidiano. Dos horas casi coincidentes. Dos mundos distintos, y sobre el otro, incipiente, Machado nos despide:

Nada os pido. Ni os amo ni os odio. Con dejarme lo que hago por vosotros hacéis por mí.

¡Que la vida se tome la pena de matarme, ya que no me tomo la pena de vivir!

¡Mi voluntad se ha muerto una noche de luna en que era muy hermoso no pensar ni querer de cuando en cuando un beso sin ilusión ninguna. ¡El beso generoso que no he de devolver!...

Avilés, villa dulce y romántica, nocturno de Chopin o de Schumann, bajo el encaje de su lluvia fina, cobijada en los brazos amorosos de sus porches de piedra dorada por el pasado, es el mejor lugar del mundo para una cura espiritual de silencios y evocaciones.

VIDRIERA DE AVILES S. A. -- AVILES



Comedor de Productores

GONZALEZ Y DIEZ, S. L.

**CARBONES
CONSIGNACIONES**

AVILÉS

JOSE MARIA AJURIA

Hornos de Cock

≡ Metalúrgicos ≡

Fábrica de ovoides --- Carbones

Teléfono, 126 **MIERES**



Fábrica en Avilés: La Curtidora Avilesina Fábrica en Oviedo: Tenería Asturiana

CURTIDORAS ALONSO RATO, LTDA.

HIJOS Y SUCESTORES DE JULIO ALONSO SANCHEZ

OFICINA: INDEPENDENCIA, 5

POSTA APARTADO 51

OVIEDO

TELEFONICA: 1668

TELEGRAFICA: CAROL

CINE

FLORIDA

EMPRESA:

BRAULIO I. MOYANO

Grandes estrenos

AVILES

JOSE TROITIÑO VARELA

Compro chatarra al por mayor y menor,
y toda clase de desperdicios de me-
tales, trapos y gomas.

Aureliano San Román, 28 y 30
Teléfono 2185

OVIEDO

Viuda de Angel Fernández

Almacenista de carbones

TELEFONOS:

Oficina, 184.—Particular, 304

AVILES

TEATRO PALACIO VALDES

EL SALON DE LOS GRANDES ESTRENOS

AVILES

ABRIL Y VALDES

Almacenistas

Generalísimo, 50.—Teléfono, 169 **AVILES**

Viuda de Manuel Hurlé

Consignatario de buques.

Carbones. Comisiones.

Consignaciones. Fletamentos.

AVILES

Rafael Alvarez Pevide

MADERAS

ISLA DE CUBA, 12 TELEFONO, 1866 OVIEDO

FABRICA DE LADRILLOS REFRACTARIOS

DE LA FELGUERA

SOCIEDAD ANONIMA

Ladrillos Silíceos, Aluminosos y Mixtos,
Para Hornos de Acero, Hornos Altos, Hornos de Vidrio, Etc.

ESPECIALIDAD EN LADRILLOS SILICEOS «DINAS»

TUBERIA DE GRES, para saneamientos, conducción de aguas, etc.

¡LA SOLUCIÓN!

DE TODAS SUS GESTIONES EN MADRID
Y EN TODA ESPAÑA...

debe encomendarla a



CICA
GESTORIA ADMINISTRATIVA COLEGIADA
(FILIAL DE "FINISTERRE")

SECCION 1.ª Urbana

Proyectos y presupuestos Obras y Decoración.-Medición de fincas.-Parcelaciones.-Levantamientos planos y valoraciones.-Confección de estados medicionales.-Expedientes relacionados con la construcción en Ayuntamientos, Diputaciones y Organismos del Estado.-Informes, concesión, Crédito para construcción.-Obtención Cédulas habitabilidad y expedientes Fiscalía de la Vivienda.-Administración y conservación fincas urbanas.

SECCION 2.ª Automovilismo

Obtención carnets conductor.-Matrículas y transferencias vehículos.-Altas, bajas y pago patentes.-Conciertos, liquidación y pago impuesto de transportes.-Cupos aceite y gasolina.-Tarjetas C. y D.- Visado carnets de control.-Cartillas neumáticos.-Informes compraventa de coches.

SECCION 3.ª Abastos

Cartillas.-Altas y Bajas.-Cupos Industriales.-Gestiones Comisaría General de Abastecimientos y transportes y Delegaciones Provinciales: Sindicatos y Ramas.-Escandallos y Precios.

SECCION 4.ª Social

Asesoramiento y Consulta.-Gestión ante organismos de Trabajo, Ministerio, Delegación Regional, Inspección Provincial y Oficina Colocación Obrera.-Defensa ante la Magistratura.-Seguros sociales, Pagos de cuotas Instituto Nacional de Previsión.-Descargos y recursos contra actas liquidación y sanciones.

SECCION 5.ª Jurídica

Informes y consultas.-Declaraciones herederos.-Abintestatos.-Testamentarias.-Expedientes jurisdicción voluntaria y Registro Civil. Cobro de Créditos.-Reclamaciones contencioso administrativas. Cumplimientos exhortos.

SECCION 6.ª Fiscal

Altas, Bajas y variaciones contribución.-Pago impuestos.-Utilidades.-Beneficios extraordinarios.-Recursos.-Jurados de Estimación.-Exacciones municipales y provinciales.

SECCION GENERAL

Certificados Penales.-Planos.-Últimas Voluntades y Registro Civil.-Salvoconductos.-Licencias caza.-Legalización, etc.

CARRERA DE SAN JERONIMO, 5
M A D R I D

TELEFONO 19171
APDO. DE CORREOS 321
TELEGRAMAS CICA

HUECOGRABADO VELAZQUEZ.-Los Madrazo, 24.-MADRID